



Documentos de formación de la
sección española de la IV Internacional

2

¿Qué es...
el capitalismo?



Documentos de formación de la
sección española de la IV Internacional

2

¿Qué es...
el capitalismo?

¿Qué es el capitalismo?

“El objetivo estratégico de la IV Internacional no consiste en reformar el capitalismo sino en derribarlo”
(Programa fundacional de la IV Internacional)

La IV Internacional es la continuidad del marxismo y de la I Internacional que fundó el movimiento obrero organizado, es la herencia del Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels (1848).

En un prólogo a una reedición del Manifiesto, en 1937, León Trotsky señala:

“Marx enseñó que ningún sistema social desaparece de la arena de la historia antes de agotar sus potencialidades creativas. El Manifiesto censura violentamente al capitalismo por retardar el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, durante aquel período, como así también en las décadas siguientes este retraso era de naturaleza sólo relativa. (...) Sólo en los últimos veinte años, pese a las más modernas conquistas de la ciencia y la tecnología, ha comenzado la época de decidido estancamiento y aún decadencia de la economía mundial” (L. Trotsky, *A noventa años del Manifiesto Comunista*).

Acabar con el capital no es una postura ideológica sino una necesidad histórica. Recordemos que el marxismo es un método, un análisis y un instrumento para combatir al capitalismo; no es ni una ideología ni un proyecto de sociedad. El socialismo no es un ideal a alcanzar sino una necesidad frente al capitalismo agónico, que amenaza a la humanidad con reducirla a la barbarie.

Con la ayuda de sus filósofos y otros intelectuales, la burguesía ha querido siempre –de formas diferentes según las épocas– tergiversar la realidad y negar el marxismo. Desde hace veinte años, tras el hundimiento de la URSS, no ha dejado de afirmar que ha quedado probada la quiebra del socialismo y que, por el contrario, y a pesar de sus defectos, el capitalismo ha salido airoso y no hay otro sistema posible.

La “crisis financiera” en 2008-2009 hizo resurgir con fuerza lo que todos intentaban ocultar: esta crisis es la crisis del capitalismo, es decir, la de un régimen social que agoniza.

No hace mucho, oíamos por todas partes que había que “moralizar” y “reformular” el capitalismo. O bien que había que “regular las leyes del mercado” y luchar contra los “patronos golfos” (¿y los otros, es decir, el conjunto de la clase capitalista?). Para otros la solución sería una “economía social de mercado” o una “Unión Europea social”; algunos se declaran altercapitalistas, anticapitalistas o altermundialistas. El marxismo, por su parte, permite analizar científicamente los mecanismos de la explotación capitalista y sacar las correspondientes conclusiones políticas.

En realidad, la única cuestión que importa no es otra que la de saber si tras el esclavismo y el feudalismo, el capitalismo es a su vez un modo de producción que ha llegado a su fin y, por lo tanto, si el único camino para la humanidad –para preservarse de la barbarie capitalista– es la conquista del poder político por el proletariado, para abolir el régimen de propiedad privada de los medios de producción.

El capitalismo es una formación social en una etapa determinada de la historia de la humanidad, de una humanidad dividida en clases sociales enfrentadas. El capitalismo no es una abstracción, son leyes, mecanismos que no basta con denunciar a voces como una injusticia, sino que hay que acabar con ellos.

El capital es una “relación social”

Recordemos que desde los albores de la humanidad los hombres viven en sociedad. Los hombres no están aislados, sino ligados entre sí por un determinado tipo de relaciones que varían según las épocas. Esas relaciones entre los hombres se expresan en primer lugar mediante las relaciones que se establecen en la producción, necesaria para que pueda existir la sociedad humana y que determinan por tanto las relaciones de producción. Esto es válido para todas las fases de la historia de la humanidad dividida en clases, en la que se han sucedido el modo de producción **esclavista**, el modo de producción **feudal** y, finalmente, el modo de producción **capitalista**.

Para Marx y Engels, el análisis del capitalismo no consiste en describir un sistema estático, fijo y eterno, sino en definir los rasgos de ese régimen, de dónde procede, cómo se desarrolla y hacia dónde conduce.

“Nuestra concepción difiere fundamentalmente de la de los economistas que, engolfados en el sistema capitalista, ven sin duda cómo se produce en la relación capitalista, pero no cómo esa relación misma es producida y crea al mismo tiempo las condiciones materiales de su disolución, con lo que se suprime al mismo tiempo su justificación histórica, en tanto que forma necesaria del desarrollo económico y de la producción de la riqueza social. Por el contrario, nosotros hemos visto no sólo cómo produce el capital, sino también cómo él mismo es producido y cómo sale del proceso de producción esencialmente diferente de cómo era al entrar en él. En efecto, por una parte, transforma el modo de producción anterior; por otra, esta transformación así como un nivel determinado del desarrollo de las fuerzas productivas constituyen la base y la condición previa de su propia revolución.” (Karl Marx, “Resultados del proceso inmediato de producción”¹)

De modo que el capital no es ni inmanente, ni natural, ni eterno; es una relación social que tiene una historia, la de los hombres en un determinado momento de su propia historia. **Es una relación social de explotación.**

La producción mercantil que se desarrolló durante varios siglos, especialmente en el marco del modo de producción feudal, precede a la producción capitalista y proporcionará las bases de su nacimiento y su desarrollo. A su vez, la revolución burguesa, al liquidar el feudalismo, va a permitir el desarrollo de la producción capitalista generalizando a escala mundial la producción mercantil. Todo se convierte en mercancía en el reinado del capital. En el modo de producción capitalista, **la mercancía pasa a ser la forma generalizada de la producción.**

El marxismo permite establecer que después de haber impulsado un crecimiento de la “riqueza social” mediante un impetuoso desarrollo de las fuerzas productivas (siglos XVIII y XIX), en una segunda etapa (siglo XX) las relaciones capitalistas se convertirán en un freno para su desarrollo. En lugar de acrecentar la “riqueza social”, el capitalismo en su fase suprema –el imperialismo– conduce a la humanidad a la barbarie destruyendo la “riqueza social”.

Ascendente en su primera fase, el capitalismo pasa a ser **decadente** en la segunda, “*sale del proceso de producción esencialmente diferente de cómo era al entrar en él*”. Ya no es “*la forma necesaria del desarrollo*” que fue, sino un obstáculo absoluto. Es la época del **imperialismo**, la época de las guerras y las revoluciones en la que vivimos.

La única condición del modo de producción capitalista

El capital de Karl Marx comienza con las siguientes líneas: “*La riqueza de las sociedades en las que domina el modo de producción capitalista se presenta como un ‘enorme cúmulo de mercancías’*” (tomo I, capítulo I).

La producción mercantil se desarrolló a partir del momento en que pudieron establecerse relaciones comerciales. La economía mercantil se desarrolló en el marco de las relaciones feudales haciendo posible la constitución de la burguesía, en particular en los siglos XVI, XVII y XVIII, sobre la base de los artesanos y comerciantes, más tarde de la manufactura, la banca,

1.- Traducido del francés. Esta cita procede de un texto redactado por Marx para tomo I de *El capital* que finalmente no llegó a publicar. Hay edición en castellano: *El capital, libro I, capítulo VI inédito, Resultados del proceso inmediato de producción*, traducción de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1971, páginas 106-107 (N. del T.).

etc. La economía mercantil coexistirá con la economía de subsistencia en un primer momento, más tarde la superará y, finalmente, la eliminará con el triunfo del capitalismo sobre la antigua sociedad. Pero, ¿cómo explicar el auge y la generalización de la mercancía como la forma de la producción capitalista?

Marx explica: *“Esto sólo se produce cuando el poseedor de los medios de producción y de subsistencia encuentra en el mercado al trabajador libre que va allí a vender su fuerza de trabajo. Y esta única condición histórica encierra todo un mundo nuevo. El capital se anuncia desde el principio como una época de la producción social.”* (*Le Capital*, tomo I, sección 2; –el subrayado es nuestro–)¹.

Así pues, la “única condición” del modo de producción capitalista es la existencia y el encuentro entre, por un lado, unos hombres que poseen los medios de producción (la clase capitalista) y, por otro, la gran masa de los hombres que no poseen más que su fuerza de trabajo y que han de venderla para poder vivir.

El capital no es esclavista. De hecho abolirá las últimas formas heredadas del esclavismo y liquidará también el sistema de servidumbre feudal. El capital necesita hombres libres, libres de vender sus brazos, es decir, su fuerza de trabajo. El capitalismo no es el robo, es la explotación del trabajo asalariado. A diferencia del esclavo, el proletario recibe un salario. **El salario es la compra, por el capitalismo, de la fuerza de trabajo. Ésta es una mercancía.**

¿Qué es una mercancía?

En el sistema capitalista, todo lo que es producido lo es para el mercado. Todo en él es mercancía. Una mercancía es un producto que comporta a la vez un **valor de uso** y un **valor de cambio**.

El **valor de uso**, es el uso que se le da al producto, su capacidad de satisfacer una necesidad humana. *“La mercancía es (...) una cosa que merced a sus propiedades satisface necesidades humanas del tipo que fueran (...). La utilidad de una cosa hace de ella un valor de uso”.* (*El capital*, tomo I)².

Pero esto no basta para que sea una mercancía. Para ser mercancía, el valor de uso debe cumplir ciertas condiciones: *“Una cosa puede ser útil, y además producto del trabajo humano, y no ser mercancía. (...) Para producir una mercancía, [el productor] no sólo debe producir valor de uso, sino valores de uso para otros, valores de uso sociales”*³.

De modo que un producto sólo es una mercancía si es valor de uso y contiene **valor de cambio**. Es decir, si responde a una necesidad social, si es producto del trabajo humano, si está en el mercado y se integra en un proceso de intercambio de productos.

Así pues, el valor de cambio es el valor que tiene un producto de poder ser intercambiado en unas determinadas proporciones con otro producto. Incluso en la época del trueque, se intercambiaba un producto por otro en función de ciertos criterios.

La mercancía se distingue pues de un producto, caracterizado únicamente por el valor de uso, por un **doble carácter** (valor de uso y valor de cambio). En las sociedades primitivas, si existía una división social del trabajo, era en el interior de la tribu: cada uno tenía una tarea (caza, pesca, etc.) y contribuía al producto social del conjunto de la tribu. El resultado estaba destinado a todos los miembros de la tribu sin que hubiese intercambio de mercancías. Pero eso implicaba una propiedad colectiva.

A partir del momento en que hay propiedad privada, cada cual produce con sus propios medios de producción, el productor produce entonces una mercancía de la que es propietario y que necesariamente esta destinada al intercambio. En una sociedad caracterizada por la propiedad privada, el **intercambio de mercancías** asegura el reparto final de los productos, tal como lo hacía la distribución directa en el comunismo primitivo.

1.- La versión francesa que retraducimos difiere de la castellana: *“Surge tan sólo cuando el poseedor de medios de producción y medios de subsistencia encuentra en el mercado al trabajador libre como vendedor de su fuerza de trabajo, y esta condición histórica entraña una historia universal. El capital, por consiguiente, anuncia desde el primer momento una nueva época en el proceso de la producción social”*, Karl Marx, *El capital*, edición de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1975, tomo I, vol. I, pág. 207. (N. del T.).

2.- *Ibidem*, vol. I, páginas 43 y 44. (N. del T.).

3.- *Ibid.*, p. 50. Nota del redactor entre paréntesis. (N. del T.).

La mercancía es un producto en un sistema de intercambio. En él se intercambian unas mercancías por otras. Pero, ¿qué es lo que confiere el carácter de intercambio? *“El valor de cambio se presenta como relación cuantitativa, como proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase”*.¹

Sólo pueden intercambiarse si difieren unas de otras cualitativamente, si sus valores de uso son diferentes. Mas para que puedan intercambiarse es preciso que tengan en común algo cuantitativamente idéntico; en otras palabras, es preciso que su valor de cambio sea igual. El carácter a la vez doble y contradictorio de la mercancía se pone de manifiesto también en el hecho de que sólo tiene valor de cambio en la medida en que tiene un valor de uso, es decir, si la mercancía tiene un uso. Pero volvamos a plantear la cuestión: la mercancía tiene un valor de uso (tiene una utilidad) pero ¿qué es lo que hace posible el intercambio?, ¿cuál es el valor de este cambio?, ¿qué es lo que permite medir ese valor?

¿Qué es lo que hace que el valor de cambio de dos productos sea igual? Marx demuestra en *El capital* que toda mercancía es una cierta cantidad de trabajo humano cristalizado.

“Basándose en las investigaciones de Ricardo², Marx dice: el valor de las mercancías se determina por el trabajo humano genérico socialmente necesario que está incorporado en ellas, y que se mide a su vez por su duración.” (F. Engels, *Anti-Dübring*³).

De modo que lo que permite medir el valor de cambio es la cantidad de trabajo socialmente necesario.

Marx, en *El capital*, refuta de entrada la idea de que *“cuanto más perezoso o torpe fuera un hombre tanto más valiosa sería su mercancía, porque aquél necesitaría tanto más tiempo para fabricarla”*. Nada de eso. La cuestión es *“la cantidad de trabajo socialmente necesario, es decir, el tiempo de trabajo necesario en las condiciones técnicas medias de producción”*. *“El conjunto de la fuerza de trabajo de la sociedad (...) hace las veces aquí de una y la misma fuerza humana de trabajo, por más que se componga de innumerables fuerzas de trabajo individuales”*, precisa Marx. Y esta “cantidad media” puede medirse en función del desarrollo de las técnicas, de la ciencia y de la organización del trabajo humano. *“En términos generales: cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, tanto menor será el tiempo de trabajo requerido para la producción de un artículo, tanto menor la masa de trabajo cristalizada en él, tanto menor su valor”* (tomo I)⁴.

Así pues, el valor de una mercancía se mide por el **tiempo de trabajo socialmente necesario** para su producción (lo que engloba todas las fases de la producción, incluida la producción de las máquinas y de las herramientas, productos de un trabajo humano anterior). El valor de una mercancía está, pues, determinado por el trabajo directo (la utilización de la fuerza de trabajo) y por el trabajo indirecto que contiene, es decir, por el trabajo incorporado en las materias primas que ha habido que reunir y en las máquinas que ha habido que construir. *“El tiempo de trabajo necesario para producir un artículo incluye también el tiempo de trabajo necesario para producir los artículos consumidos en el acto de su producción.”* (*Le Capital*, tomo I, capítulo 8)⁵.

Pero el valor de una mercancía no es su precio.

1.- *Ibid.*, p. 45. (N. del T.).

2.- David Ricardo (1772-1823), principal representante de la escuela inglesa de economía política y autor de una teoría sobre el valor basada en el trabajo; Adam Smith (1723-1790), otro economista que distingue valor de uso y de cambio: ambos son frecuentemente utilizados y criticados por Marx, particularmente en la *Contribución a la crítica de la economía política*.

3.- Versión española de Manuel Sacristán, México, Editorial Grijalbo, 1964, página 186. (N. del T.).

4.- *Op. cit.*, vol. I, páginas 48 y 50. (N. del T.).

5.- La traducción francesa de *El capital* de Joseph Roy difiere de las otras; esta cita no está en la versión de Scaron (traducida del alemán); en su lugar leemos (página 242 del vol. 1): *“en la medida en que con arreglo a un fin se consume un valor de uso, para la producción de un nuevo valor de uso, el tiempo de trabajo necesario para la elaboración del valor de uso consumido constituye una parte del tiempo necesario para la producción del nuevo valor de uso, o sea, es tiempo de trabajo que se transfiere del medio de producción consumido al nuevo producto”*. Véase también la traducción de Manuel Sacristán en: K. Marx, *El capital: Crítica de la economía política Antología*, Madrid, Alianza editorial, 2010, pág. 145 (N. del T.).

El precio y la moneda

Recordemos que la mercancía tiene un doble carácter: un valor de uso y un valor de cambio.

La circulación de mercancías comenzó en una fase determinada de la historia de la humanidad bajo la forma de trueque. Una mercancía (tejido) se cambia por otra (herramientas). Evidentemente, en este ejemplo, es necesario que coincidan estos dos poseedores de mercancías, que tienen cada uno un uso que dar a la del otro. ¿Qué es lo que hace posible el intercambio de esas mercancías –tanto tejido por tantas herramientas–? Lo que determina el valor de esas mercancías es la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción.

En un determinado estadio de desarrollo de las fuerzas productivas y de circulación de mercancías, esta forma primitiva debe dejar paso a otro modo de intercambio. Con la aparición de la moneda, nuestros dos vendedores de herramientas y tejido no necesitan coincidir. Les basta con transformar la mercancía en moneda, para poder procurarse después con esa moneda el equivalente en valor de otra mercancía.

Así pues, la moneda es una mercancía cambiada por otras. Pero desempeña un papel particular: **es el equivalente general de todas las demás mercancías.**

“La forma de equivalente general es una forma de valor en general. (...) Sólo a partir del momento en que ese carácter exclusivo se vincula a un género especial de mercancía toma consistencia la forma valor relativa, se fija en un objeto único y adquiere una autenticidad social. La mercancía especial, con cuya forma natural se identifica poco a poco en la sociedad la forma equivalente, se convierte en mercancía-moneda (...), su función social específica, y por lo tanto su monopolio social, es desempeñar dentro del mundo de las mercancías el papel de equivalente general” (Le Capital, libro I, cap. 1)¹.

De manera que la moneda es el equivalente general, es decir, que proporciona al conjunto de mercancías la materia en la que pueden expresar su valor. Cumple la función de medida de valores. Pero para desempeñar ese papel, ella misma posee un valor, porque lleva incorporado el trabajo humano y no por misteriosas razones.

*“Las mercancías no se vuelven commensurables por obra del dinero. A la inversa. Por ser todas las mercancías, en cuanto valores, trabajo humano objetivado, y por tanto commensurables en sí y para sí, pueden medir colectivamente sus valores en la misma mercancía específica y ésta convertirse en su medida colectiva de valor, esto es, en dinero”. (Karl Marx, *El capital*, tomo I, capítulo 3)².*

La existencia de la moneda como “mercancía especial” equivalente de todas las demás mercancías, determina entonces el movimiento de los intercambios en función del valor de las mercancías intercambiadas y, por ende, de su **precio**.

*“El precio no es otra cosa que la expresión en dinero del valor” (Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*³). Pero el precio no equivale al valor de una mercancía. Es la expresión monetaria del valor de una mercancía en un momento dado en un mercado determinado.*

*“Los precios del mercado no hacen más que expresar la cantidad media de trabajo social que, bajo condiciones medias de producción, es necesaria para abastecer el mercado con una determinada cantidad de cierto artículo” (Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*)⁴.*

La ley de la oferta y la demanda de la economía burguesa es, sin lugar a dudas, una reali-

1.- Traducido del francés: Marx, *Le Capital*, traducción de Joseph Roy, Lachâtre ed., 1872, libro I, p.

27. Versión castellana de Scaron en *Op. cit.*, vol. I, página 85: *“La forma de equivalente general es una forma de valor en general. (...) Por otra parte, una mercancía sólo se encuentra en la forma de equivalente general (...) porque todas las demás mercancías la han separado de sí mismas, en calidad de equivalente, y en la medida en que ello haya ocurrido. Y tan sólo a partir del instante en que esa separación se circunscribe definitivamente a una clase específica de mercancías, la forma relativa unitaria de valor propia del mundo de las mercancías adquiere consistencia objetiva y vigencia social general. La clase específica de mercancías con cuya forma natural se fusiona socialmente la forma de equivalente, deviene mercancía dineraria o funciona como dinero. Llega a ser su función social específica, y por lo tanto su monopolio social, desempeñar dentro del mundo de las mercancías el papel de equivalente general”.* (N. del T.).

2.- *Op. cit.*, pág. 115. (N. del T.).

3.- K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo II, p. 52. (N. del T.).

4.- *Ibid.*, p. 52. (N. del T.).

dad; actúa sobre los precios al alza o a la baja, pero no es el elemento determinante del valor. *“La oferta y la demanda no regulan más que las oscilaciones pasajeras de los precios en el mercado. Os explicarán por qué el precio de un artículo en el mercado sube por encima de su valor o cae por debajo de él, pero no os explicarán jamás este valor en sí”.* (Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*).¹

Marx escribe además que *“el precio corriente de una mercancía es siempre inferior o superior a su coste de producción”* (*Trabajo asalariado y capital*²). Pero añade: *“las oscilaciones de la oferta y la demanda vuelven a reducir siempre el precio de una mercancía a su coste de producción”*³.

Polemizando con los economistas burgueses, Marx explica:

“La determinación del precio por el coste de producción equivale a la determinación del precio por el tiempo de trabajo necesario para la producción de una mercancía, pues el coste de producción está formado:

1) por las materias primas y el desgaste de los instrumentos, es decir, por productos industriales cuya fabricación ha costado una determinada cantidad de jornadas de trabajo y que representan, por tanto, una determinada cantidad de tiempo de trabajo. Y

2) por el trabajo directo; cuya medida es también el tiempo.

*Las mismas leyes generales que regulan el precio de las mercancías en general regulan también, naturalmente, el salario, el precio del trabajo”*⁴ (ibidem).

En contra de lo que mantiene la economía burguesa, lo que nos revela el análisis marxista es que es imposible explicar la formación de los precios ateniéndose a un simple análisis del mercado. La inflación y la caída de los precios no crean una mayor cantidad de mercancías. Del mismo modo, el aumento de la productividad del trabajo no conlleva necesariamente un descenso de los precios.

Esta realidad contradictoria no hay que buscarla en lo que atañe al mercado, sino en la producción capitalista y sus leyes, la primera de las cuales es la **búsqueda del beneficio**.

La aplicación de la ley de la oferta y la demanda no explica más que una situación existente en un momento concreto, pero no las tendencias que se desarrollan ni la norma en torno a la cual podrá fluctuar el precio. Esta norma, para el marxismo, es la del valor, expresión de las condiciones de la producción. La ley de la oferta y la demanda no se considera, pues, como una ley independiente, sino parte integrante de la ley del valor.

La aportación del marxismo es haber sacado a la luz el hecho de que **las mercancías no son otra cosa que trabajo social cristalizado** y que su valor es mensurable por la cantidad de trabajo socialmente necesario para su producción en ellas cristalizado. Sobre la base de este valor, los intercambios se hacen en el marco de un mercado determinado por la relación entre la oferta y la demanda. **Por lo que los precios fluctúan en torno al valor determinado por la producción.**

Repitémoslo, lo que determina el valor de cambio de un producto es el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. El intercambio, incluso bajo la forma de trueque, entre un hacha y, pongamos, tres piezas de tela, se estima posible por la adecuación entre el tiempo de trabajo necesario para la producción de esa hacha y el de las tres piezas de tela (M–M). Con la aparición de la moneda, los términos del intercambio pasan a ser más abstractos, pero funcionan según la misma ley. La posibilidad de vender un hacha a cambio de dinero para comprar tres piezas de tela, sigue estando determinada por el tiempo de trabajo necesario para producirlos (M–D–M).

En el trueque, los términos del intercambio eran M (mercancía) por M (mercancía). Con la aparición del equivalente general (la moneda), el vendedor se presenta con una mercancía (M) que cambia por dinero (D), con el que compra más tarde otra mercancía (M).

Lo que Marx resume en M–D–M es la fórmula de la economía mercantil. El modo de producción capitalista es una economía mercantil y esta fórmula persiste bajo su dominación. Pero lo específico de la fase capitalista triunfante es que el dinero existe en ella bajo la forma de capital, introduciendo una modificación esencial que Marx presenta bajo la forma D–M–D', fórmula que califica de fórmula general del capital.

1.- *Ibid.*, p. 44. (N. del T.).

2.- *Ibid.*, tomo I, p. 160. (N. del T.).

3.- *Ibid.* (N. del T.).

4.- *Ibid.*, p. 161. (N. del T.).

De M–D–M a D–M–D'

Bajo este título un poco abstracto se expresa una realidad, la del capitalismo.

(Recordemos que M = mercancías; D = dinero).

Precisemos: el dinero no es en sí capital. El dinero, como hemos visto anteriormente, desempeña el papel de medio de circulación sirviendo de intermediario en el intercambio de mercancías. Por lo que es indispensable distinguir el dinero considerado en tanto que dinero del dinero como capital.

“La forma directa de la circulación mercantil es M–D–M, conversión de mercancía en dinero y reconversión de éste en aquélla, vender para comprar.”, dice Marx (*El capital*, tomo I, capítulo 4)¹. Tal es la fórmula del intercambio en la economía mercantil. En la fase del capitalismo que generaliza la economía mercantil por el hecho de que todo se convierte en mercancía, la fórmula del intercambio se plantea de otro modo. Marx prosigue:

“la forma D–M–D, conversión de dinero en mercancía y reconversión de mercancía en dinero, comprar para vender. El dinero que en su movimiento se ajusta a ese último tipo de circulación, se transforma en capital, deviene capital y es ya, conforme a su determinación, capital”².

M–D–M (vender para comprar), venta de una mercancía para comprar otra, es racional: producción de una mercancía –es decir, de un valor de uso– que no tiene utilidad para el productor (pero que tiene un valor de cambio), para procurarse el dinero necesario para la compra de la mercancía deseada.

En cambio, ¿cuál es el interés de cambiar dinero (D) por una mercancía (M) para obtener dinero (D)? Si D = D, ninguno. Para que la forma de cambio D–M–D tenga un sentido, es necesario que el D inicial acabe finalmente en D' (D' mayor que D). Es decir, la forma D–M–D' (comprar para vender) que significa finalmente: “la suma adelantada inicialmente más un incremento”³ (Marx), que por ejemplo 100€ (D), tras el paso M, acaban en 150€ (A').

Así pues, el **dinero** no es sólo, como vimos antes, el equivalente general de cambio (que lo es, y sigue siéndolo desde la creación de la moneda), sino el punto de partida y de llegada de la operación. Ahí radica la base fundamental del régimen capitalista.

Una vez iniciado el movimiento D–M–D' no hay ninguna razón para que se detenga. La nueva suma D' juega ahora el papel de D del comienzo del proceso y, de nuevo, debe dar lugar a D'. “La circulación del dinero como capital es, por el contrario, un fin en sí, pues la valorización del valor existe únicamente en el marco de este movimiento renovado sin cesar. El movimiento del capital, por ende, es carente de medida”⁴ (ibidem).

El dinero no parea. ¿Qué es lo que posibilita el paso de D a D'? ¿Cuál es el “secreto” del modo de producción capitalista que permite mediante la compra (dinero, D) de una mercancía (M) obtener más dinero (D')? ¿Cómo se explica D' > D?

La fuerza de trabajo

La cuestión del trabajo humano es la cuestión central del análisis marxista, pero también del de la ciencia (véase el folleto n.º 1: ¿Qué es el marxismo?) para comprender la historia de la humanidad. Reviste particular importancia en el sistema capitalista. Hoy es corriente oír que “el trabajo no es una mercancía”⁵.

Hemos visto más arriba que el capital no se basa ni en la esclavitud ni en la servidumbre, sino en la existencia de hombres libres, libres de vender sus brazos. Marx explica:

“Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, desembarazado de

1.- *Op. cit.*, p. 180. (N. del T.).

2.- *Ibid.* (N. del T.).

3.- *Ibid.*, p. 184; [D–M–D, donde D' = D + ΔD]. (N. del T.).

4.- *Ibid.*, p. 186. (N. del T.).

5.- En *La Verdad* n.º 34, de octubre de 2003, puede leerse un artículo sobre ese eslogan.

todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo" (*El capital*, tomo I, capítulo 4)¹.

El trabajo asalariado no es la esclavitud; un trabajador vende su fuerza de trabajo, un capitalista compra esa mercancía que es la fuerza de trabajo humana. Como le replicaba Marx a Proudhon²: "*El trabajo humano bajo el capitalismo, no es robo, es explotación del trabajo.*"

Precisemos que no es el trabajo lo que se paga a su valor —no tiene ninguno en sí mismo—; si así fuera no habría ni capitalismo ni explotación del trabajo. Lo que el capitalista compra es **la fuerza de trabajo**.

La fuerza de trabajo es una mercancía, como todo en el sistema capitalista. Como para cualquier mercancía, su valor se mide por la cantidad de trabajo necesario para producirla (reproducirla). Es decir, lo que precisa su subsistencia, su formación y su reproducción.

"este valor se determina 'igual que el de cualquier otra mercancía, por el tiempo de trabajo necesario para la producción, —o sea, también para la reproducción— de ese artículo concreto', es decir, por el tiempo de trabajo que es necesario para la producción de los alimentos que necesita el trabajador para sostenerse en una situación de aptitud para el trabajo y para la reproducción de su especie" (F. Engels, *Anti-Düring*)³.

Pero, atención, el tiempo de trabajo socialmente necesario para la reproducción de la fuerza de trabajo no es un "salario mínimo biológico", un mínimo vital. Marx decía: "*El obrero francés necesita vino, el alemán cerveza.*"

"Las necesidades naturales mismas —como alimentación, vestido, calefacción, vivienda, etc. — difieren según las peculiaridades climáticas y las demás condiciones naturales de un país. Por lo demás, hasta el volumen de las llamadas necesidades imprescindibles, así como la índole de su satisfacción, es un producto histórico y depende por tanto en gran parte del grado de civilización alcanzado" (*El Capital*, libro I, capítulo 6)⁴.

Es cierto que la cantidad de mercancías necesaria para la satisfacción de las necesidades de los trabajadores no es la misma en el siglo XIX que en el siglo XXI, o en el Sudeste Asiático que en Europa.

Una serie de factores condicionan el valor de la fuerza de trabajo, como una serie de condiciones determinan el valor de cualquier mercancía. El valor de la fuerza de trabajo no es fijo, determinado, eterno, sino que, como el de cualquier mercancía, varía según las épocas:

—por una parte, en relación con el desarrollo de las técnicas, los nuevos descubrimientos y métodos de organización del trabajo, la cualificación (Marx distingue así el trabajo simple y el trabajo complejo);

—por otra parte, según los resultados de la lucha de clase, que conduce a conquistas obreras o a retrocesos; (por ejemplo, la Seguridad Social, que es un salario diferido, es una expresión del valor de la fuerza de trabajo).

La fuerza de trabajo es una mercancía. Una mercancía que el capitalista compra por su valor (es decir, el tiempo de trabajo socialmente necesario para su [re]producción). **El salario es el precio de la fuerza de trabajo**, no el precio del trabajo. Lo que el trabajador vende es su fuerza de trabajo, no su trabajo. El trabajo es la utilización que se hace de la fuerza de trabajo durante un cierto tiempo.

Esta cuestión del tiempo es fundamental. **En efecto, el capitalismo compra la fuerza de trabajo al precio necesario para la reproducción de esta fuerza de trabajo, pero decide, en unas condiciones determinadas —determinadas principalmente por la lucha de clases—, cuanto tiempo va a utilizar esta fuerza de trabajo.**

Y es ahí donde va manifestarse la naturaleza particular de esa mercancía que es la fuerza de trabajo.

1.- *Op. cit.*, p. 205. (N. del T.).

2.- Pierre Joseph Proudhon, 1809–1865, uno de los fundadores del anarquismo, autor de *¿Qué es la propiedad?*

3.- *Op. cit.*, p. 199. (N. del T.).

4.- Traducido del francés. En el texto en castellano de Scaron (*Op. cit.*, vol. I, p. 208) en vez de "*el grado de civilización alcanzado*" leemos: "*del nivel cultural de un país, y esencialmente, entre otras cosas, también de las condiciones bajo las cuales se ha formado la clase de los trabajadores libres, y por tanto de sus hábitos y aspiraciones vitales*". (N. del T.).

La plusvalía del capital

Como hemos visto, el capital es una “**relación social de explotación**” y no una cosa misteriosa que se reproduce por sí misma. Es la relación entre una minoría, los burgueses que poseen los medios de producción (la clase capitalista) y la gran masa de los proletarios que son trabajadores libres, que no poseen más que su fuerza de trabajo que están obligados a vender para vivir.

En la producción mercantil simple, la llamada “economía mercantil” que se desarrolló durante siglos, cada productor es individualmente propietario de sus medios de producción. Con el desarrollo de las fuerzas productivas, la complejidad y la jerarquización de la producción mercantil –consecuencia del desarrollo de la economía y de la industria, que estará en la base del nacimiento del capitalismo–, la relación con la producción se va a modificar.

En la producción capitalista, la propiedad de los medios de producción sigue siendo privada, pero estos pasan a pertenecer exclusivamente a una minoría mientras que los demás productores, los trabajadores, han sido despojados de ellos. Lo que caracteriza al capitalismo no es la existencia de la propiedad privada como tal (que existe desde que existe la producción mercantil) sino el hecho de que esta **propiedad privada sea privilegio exclusivo de una clase, la clase capitalista**.

Con su dinero inicial (D), el capitalista comprará una mercancía (M), o más bien dos clases de mercancías:

- locales, máquinas, materias primas (que también son productos de un trabajo social anterior),
- la fuerza de trabajo proletaria.

Hemos visto en los anteriores capítulos que el salario no retribuye el trabajo, sino que es la compra de la fuerza de trabajo; ésta es una mercancía cuyo valor, como todas las mercancías, es mensurable por el tiempo de trabajo necesario para su producción (en este caso, su reproducción). El valor de la fuerza de trabajo es variable según la etapa del desarrollo de la sociedad e incluye los resultados de la lucha de clases.

*“Al comprar la fuerza de trabajo del obrero y pagarla por su valor, el capitalista adquiere, como cualquier otro comprador, el derecho a consumir o usar la mercancía comprada. La fuerza de trabajo de un hombre se consume o se usa poniéndolo a trabajar, ni más ni menos que una máquina se consume o se usa haciéndola funcionar. Por tanto, el capitalista, al pagar el valor diario o semanal de la fuerza de trabajo del obrero, adquiere el derecho a servirse de ella o a hacerla trabajar durante **todo el día o toda la semana**. La jornada de trabajo o la semana de trabajo tienen, naturalmente, ciertos límites”.* (Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*)¹.

Así pues, la compra de la mercancía “*fuerza de trabajo*” da al capitalista el derecho a utilizarla. El **valor** de esta fuerza de trabajo está determinado, como hemos visto, por la cantidad de trabajo necesario para su mantenimiento. Pero el **uso** de esta fuerza de trabajo sólo está limitado por la fuerza y la energía del obrero en unas determinadas condiciones históricas. El **valor** diario o semanal de esta fuerza de trabajo es, por tanto, completamente diferente del **ejercicio** diario o semanal de esta fuerza.²

“La cantidad de trabajo que sirve de límite al valor de la fuerza de trabajo del obrero no limita, ni mucho menos, la cantidad de trabajo que su fuerza de trabajo puede ejecutar” (ibidem)³.

Engels insiste en esta cuestión fundamental:

“Lo que un trabajador produce y lo que cuesta son cosas tan distintas como lo que produce y lo que cuesta una máquina. El valor creado por un trabajador en una jornada de doce horas no tiene nada en común con el valor de los alimentos que consume en esa jornada de trabajo con sus pausas correspondientes”. (F. Engels, *Anti-Dübring*)⁴.

Así pues, el secreto del modo de producción capitalista reside en la compra de una mercan-

1.- K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo II, p. 57. (N. del T.).

2.- “El **valor** de la fuerza de trabajo se determina por la cantidad de trabajo necesario para su conservación o reproducción, pero el uso de esta fuerza de trabajo no encuentra más límite que la energía activa y la fuerza física del obrero. El **valor** diario o semanal de la fuerza de trabajo y el **ejercicio** diario o semanal de esta misma fuerza de trabajo son dos cosas completamente distintas.” *Ibid.*, (N. del T.).

3.- *Ibid.* (N. del T.).

4.- *Op. cit.*, páginas 187 y 188. (N. del T.).

cía particular, particular en el sentido de que produce más valor del que tiene en sí misma; esa mercancía es la fuerza de trabajo. Marx explica:

*“El valor diario de la fuerza de trabajo importaba 3 chelines porque en ella misma está objetivada media jornada de trabajo, esto es, porque los medios de vida necesarios para producir diariamente esa fuerza de trabajo cuestan media jornada de trabajo”. (...) “El que haga falta media jornada de trabajo para mantenerle en vida durante 24 horas no impide en modo alguno al trabajador trabajar un día entero. Así pues, el valor de la fuerza de trabajo y su valorización en el proceso de trabajo son dos magnitudes diferentes. El capitalista tenía presente esa diferencia de valor al comprar la fuerza de trabajo. (...). Pero lo decisivo fue el valor de uso, específico de esa mercancía, que consiste en ser fuente de valor, y de más valor que el que ella tiene” (K. Marx, *El capital*, tomo I, cap. 5, [traducción de Manuel Sacristán])¹.*

Volvamos a la fórmula general del capital: D–M–D' expresa la necesidad de un crecimiento del capital. ¿Cómo tiene lugar el paso de D a D' (D'>D), es decir una **plusvalía del capital**? Mediante la utilización de esta mercancía que es la fuerza de trabajo, productora de más valor del que tiene.

Para comprenderlo mejor pongamos un ejemplo –que no es más que una abstracción, ya que la realidad no se secciona así–. Tomemos una jornada de 8 horas. Imaginemos que en la primera mitad de la jornada (4 horas), el valor producido por el obrero es de 250€: 200 de valor transmitido por los medios de producción y 50 de nuevo valor creado por la fuerza de trabajo.

Esos 50€ corresponden al valor de la fuerza de trabajo, es decir, a la cantidad de trabajo socialmente necesario para la reproducción de su fuerza de trabajo (esos 50€ son la compra de su fuerza de trabajo por el salario). El capitalista no para la producción al cabo de 4 horas, sino de 8 horas. Sigue haciendo trabajar a los obreros 4 horas más.

En esta segunda media jornada se producen 250€ de mercancías. 200€ provienen de los medios de producción y 50€ de la fuerza de trabajo. Pero, esta vez, esos 50€ no tienen contrapartida de salario, el cual no es otra cosa que la compra de la fuerza de trabajo que puede usar el capitalista. Compra la fuerza de trabajo (el salario) en las condiciones que corresponden a las necesidades precisas para la reproducción de esa fuerza de trabajo, pero la utilización de esa fuerza de trabajo va más allá y produce un excedente. De ahí surge la plusvalía del capital. *“La parte del valor–mercancía que consiste en plusvalía no le cuesta nada al capitalista precisamente porque le cuesta al trabajador trabajo no pagado” (El Capital, tomo III, capítulo 1)².*

No se trata de un robo. No se ha violado ninguna ley de la producción mercantil. El capitalista ha comprado las mercancías necesarias para la producción, incluida la fuerza de trabajo, pagándolas a su valor.

Es esta fuerza de trabajo la que genera la plusvalía, que es un concepto específico del modo de producción capitalista. Lo que no quiere decir que no hubiera excedente en los regímenes sociales anteriores; el noble, por ejemplo, se apropiaba de una parte o de la totalidad de ese excedente abrumando con impuestos al campesino, pero el trabajo del campesino no era un trabajo asalariado. El trabajo asalariado se generalizó en el capitalismo.

En la producción capitalista, el **modo de apropiación de ese excedente** es la detracción por la clase capitalista de la plusvalía producida por la clase obrera. El salariado es el trabajo explotado. El capitalismo es la explotación del trabajo.

El capital en sí mismo

Al criticar la economía política inglesa a través de dos de sus eminentes representantes, Ricardo y Smith, quienes en sus obras distinguían el **capital fijo** (edificios, máquinas) y el **capital circulante** (materias primas, herramientas, salarios) apoyándose en la amortización a largo plazo del capital fijo y, a corto plazo, la del capital circulante, Marx refuta este enfoque no científico de los mecanismos de la economía capitalista. Por su parte, distingue el **capital constante** y el **capital variable**.

1.- K. Marx, *El capital: Crítica de la economía política. Antología*, traducción de Manuel Sacristán, Madrid, Alianza editorial, 2010, páginas 139–140. [En la edición de Pedro Scaron: vol. I, p. 234]. (N. del T.).

2.- *Ibid.*, p. 427. [En la edición de P. Scaron: t. III, vol. 6, p. 30]. (N. del T.).

Una parte del capital inicial se transforma (mediante compra) en edificios, máquinas y materias primas (medios de producción); es el **capital constante**.

Como todo, esos medios de producción son producto de un trabajo anterior. Han sido producidos por la fuerza de trabajo; contienen, por tanto, trabajo cristalizado. Por sí mismos no son nada si la fuerza de trabajo no los pone en movimiento. Esta parte del capital permanece sin modificación al término del proceso del trabajo, no hace más que transmitir el valor que contiene; por eso se le llama “**capital constante**”; Marx lo llama también “**trabajo muerto**”, ya que el valor que los medios de producción cristalizan sólo se transmite al nuevo producto por mediación del trabajo vivo, la fuerza de trabajo.

La parte del capital destinada a comprar la fuerza de trabajo (el salario) se llama “**capital variable**” porque es la puesta en marcha de la fuerza de trabajo lo que da lugar a la plusvalía del capital mediante la explotación del trabajo asalariado. Marx lo llama también “**trabajo vivo**”, generador de la riqueza social y de la plusvalía.

Pero, insistamos una vez más, el capital es una “relación social”, es decir, la relación de explotación de los trabajadores por los capitalistas. Retomando una vieja fórmula jurídica latina, Marx escribe: “*le mort saisit le vif*” [“lo muerto aferra lo vivo”].

La masa del capital (el “**trabajo muerto**”) aplasta a la fuerza de trabajo humana (el “**trabajo vivo**”). La acumulación permanente de capital en el modo de producción capitalista es un factor de aplastamiento del proletariado. El trabajo muerto (capital constante) aferra el trabajo vivo mediante la explotación de la fuerza de trabajo a través del capital variable.

Partiendo de la teoría de la plusvalía del capital Marx pudo desvelar al “secreto” del capitalismo, la naturaleza real de ese sistema, el hecho de que el salariado es una forma de explotación del trabajo como lo fueron, en una etapa histórica anterior, la esclavitud y la servidumbre (esto es, desde la división de la sociedad en clases). Así pues, en la obra de Marx, el descubrimiento de la plusvalía es el fundamento de la **ley del valor**.

La ley del valor

Marx estableció la fórmula general del valor: $c + v + pl$, es decir, **capital constante + capital variable + plusvalía**.

En toda mercancía, hay una parte de capital constante (c), una parte de trabajo vivo pagado por el salario (v) y una parte de plustrabajo¹ que constituye la plusvalía del capital (pl), es decir, $c + v + pl$.

¿Dónde va a parar la plusvalía del capital? Se la apropian diversos capitalistas. Una parte de la plusvalía queda en manos del capitalista empresario, es su ganancia [o beneficio]; otra va al que garantiza la distribución de la mercancía; otra al banco que concedió un crédito. Este reparto es imaginario, tanto más cuando en nuestra época las relaciones se han complicado; sólo pretende ayudar a comprender que la plusvalía no es la ganancia (ésta es una parte de ella), y que, como veremos, está sometida a fluctuaciones. Para entenderlo bien definamos lo que Marx llama tasa de plusvalía y tasa de ganancia (o tasa de beneficio), que no son idénticas.

La tasa de plusvalía (pl') se resume así: $\frac{pl}{v}$;

expresa la relación de la plusvalía con el capital variable, es decir, la relación entre la parte del trabajo que sirve para asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo y la parte del trabajo productor de la plusvalía.

Retomemos nuestro ejemplo imaginario, el de una jornada de trabajo de 8 horas divididas en dos (4 horas de trabajo y 4 horas de plustrabajo) y constatemos, según la utilización de la fuerza de trabajo, la tasa de plusvalía (en el primer caso, eran necesarias 4 horas para reproducir la fuerza de trabajo; en el segundo solamente 2 horas. $4 = 100\%$).

Pongamos otro ejemplo: una tasa de plusvalía del 300%: sí bastan.

Si bastan 2 horas para producir las condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo, siendo la jornada de 8 horas, se trabajarán 6 horas más para producir la plusvalía; la tasa de

1.- *Plustrabajo*, trabajo excedente o trabajo de más (*surtravail, mehrarbeit, surplus labour*). (N. del T.).

plusvalía será de 300% contra sólo 100% en el primer caso.

La tasa de plusvalía es, por lo tanto, la tasa de explotación (la prolongación de la jornada laboral, por ejemplo, será fuente de aumento de la plusvalía.)

La tasa de ganancia (g') se resume así: $\frac{pl}{c+v}$;

consiste en la relación entre la plusvalía y el conjunto del capital invertido ($c + v$), esto es, el capital variable (salarios) y el capital constante (máquinas).

Más para comprender la cuestión de la ganancia, primero hay que considerar lo que Marx llama la **composición orgánica del capital** de una empresa. Ésta se expresa en la relación del capital constante con el capital variable c/v , es decir, entre la parte invertida en el salario y la invertida en medios de producción.

La composición orgánica del capital no es una fórmula matemática abstracta. Podría en efecto considerarse, si no fuésemos más allá, que cuanto más importante es la parte del capital variable (productor de la plusvalía) respecto del capital constante (trabajo muerto), más importante sería la tasa de ganancia; y que, a la inversa, cuanto más elevada es la parte del capital constante, más débil sería la tasa de ganancia.

La tasa media de ganancia

Vimos antes que la tasa de plusvalía y la tasa de ganancia media [o beneficio medio] no son idénticas. La tasa de plusvalía equivale a la medida de la tasa de explotación (se calcula por la relación plusvalía/capital variable).

La tasa de ganancia es la relación entre la plusvalía arrancada y el conjunto del capital invertido (es decir, $c + v$).

La fórmula de la tasa de ganancia es por tanto: $\frac{pl}{c+v}$.

Ateniéndonos a ello, habría que concluir que la tasa de ganancia es más importante en las empresas con débil composición orgánica del capital (c/v) y menos en las de alta composición. En otras palabras, la empresa cuyo capital constante es importante (tras la compra de nuevas máquinas y la reducción del número de asalariados), tendrá una tasa de ganancia más débil que su competidor, menos equipado en máquinas y con el número de asalariados inalterado. Pero el primero, por el aumento de la productividad del trabajo, producirá más, más rápido, más barato y ganará el mercado. Las leyes de la competencia empujarán así a cada capitalista a intentar aumentar su producción y a equiparse para hacerlo.

“[Las] diferentes tasas de beneficio se nivelan por la competencia en una tasa general de beneficio que es la media de todas esas diferentes tasas de beneficio” (Marx, *El Capital*, tomo III, capítulo 9)¹.

Es la nivelación (perecuación) de la tasa de ganancia la que engendra una **tasa de ganancia media** (o tasa general de ganancia). Esta nivelación no significa que las tasas de ganancia se alineen mecánicamente unas con otras. Expresa el hecho de que el capitalista no es un hombre aislado, sino miembro de una clase social. Por consiguiente, esta nivelación expresa un movimiento de vaivén entre las diferentes esferas de inversión. Los capitales no son cosas aisladas sino fracciones del capital global.

“De lo dicho resulta que cada capitalista individual, así como el conjunto de todos los capitalistas de cada esfera de la producción en particular, participan en la explotación de la clase obrera global por parte del capital global y en el grado de dicha explotación no sólo por simpatía general de clase, sino en forma directamente económica, porque, suponiendo dadas todas las circunstancias restantes entre ellas el valor del capital global constante adelantado, la tasa media de ganancia depende del grado de explotación del trabajo global por el capital global.” (*El Capital*, tomo III, capítulo 10)².

La clase capitalista es una, unida por la explotación del trabajo.

1.- K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política. Antología*, traducción de Manuel Sacristán, página 449. [En la edición de P. Scaron: vol. 6, p.199]. (N. del T.).

2.- Karl Marx, *El capital*, edición de Pedro Scaron, Mexico, Siglo XXI editores, 1976, vol. 6, p. 248. (N. del T.).

La ley de la caída tendencial de la tasa media de ganancia

El desarrollo de la economía por el capitalismo tiene unas consecuencias.

La acumulación del capital provoca cambios en la estructura misma del capital. Los progresos técnicos y la mecanización se traducen en una transformación de la composición orgánica del capital. Lo que trae consigo un aumento de la parte del capital constante (c), es decir, de la parte invertida en las máquinas respecto del capital variable (v), la parte invertida en la compra de la fuerza de trabajo (única fuente de la plusvalía). Lo que implica, pues, una tendencia al descenso de la tasa de ganancia.

“La misma cantidad de fuerza de trabajo hecha disponible por un capital variable de una magnitud de valor dada, pone en movimiento en el mismo tiempo –a consecuencia de los peculiares métodos de producción que se desarrollan en la producción capitalista–, una masa constantemente creciente de material de trabajo, maquinaria y capital fijo de todo tipo, de materias primas y auxiliares, y las elabora y consume productivamente, con lo que pone en movimiento un capital de magnitud de valor siempre creciente. Esa progresiva disminución relativa del capital variable respecto del constante y, por lo tanto, respecto del capital total es idéntica con la composición orgánica progresivamente más elevada del capital social en su promedio” (Karl Marx, *El Capital*, tomo III, capítulo 13)¹.

Para explicarlo, Marx toma un ejemplo en el que, para un capital variable de un valor dado igual a 100, los cambios de la composición del capital, que resultan de la acumulación, se expresan en un ascenso gradual del valor del capital constante. En el primer caso, el capital constante es de 50, en el segundo, bajo el efecto del desarrollo y la compra de maquinaria, es de 200.

(Para una tasa de plusvalía igual y constante $pl/v = 100\%$)

I. Si $v = 100$, $c = 50$: $pl/c+v = 100/50 = 66\%$

Es decir: = 66%

II. Si $v = 100$, $c = 100$: $pl/c+v = 100/100 + 100 = 50\%$

Es decir: = 50%

III. Si $v = 100$, $c = 200$: $pl/c+v = 100/200 + 100 = 33\%$

Es decir: = 33%

En el caso I, la tasa de ganancia es del 66% (con un capital global $c + v$ de 150), en el caso II del 50% y en el III del 33% (300 de capital global, de los que 200 son de c); es el aumento del capital constante lo que hace descender la tasa de ganancia del 66% al 33%.

Marx explica:

*“La producción capitalista (...) produce, por la constante disminución relativa del capital variable respecto del constante, una composición orgánica cada vez más alta del capital total, cuya consecuencia inmediata es que la tasa de plusvalía, con el mismo grado de explotación del trabajo e incluso con explotación creciente, se expresa en una tasa de ganancia que disminuye constantemente. (...) La tendencia progresiva a bajar de la tasa de ganancia no es, pues, sino una expresión peculiar del modo de producción capitalista del progresivo desarrollo de la fuerza productiva social del trabajo”*².

Esta cita de Marx nos aclara dos cuestiones:

es una **tendencia**, no una ley absoluta. (Esta ley tendencial no se expresa de manera mecánica, condenando a la tasa de ganancia a un descenso gradual.)

esta ley tendencial es el modo en que el capitalismo expresa el progreso de la productividad.

El aumento de la productividad del trabajo, necesario para conquistar partes de mercado, lleva –independientemente de la consciencia que de ello tengan los capitalistas– a un aumento de la composición orgánica del capital y, consecuencia de ello, esta caída tendencial; independientemente de la consciencia que de ello tengan los capitalistas, el aumento de la producción, la concentración y la centralización del capital son una necesidad vital para el funcionamiento de la producción capitalista, para la supervivencia del régimen.

Contrariamente a Ricardo y Smith, que ya habían abordado esta cuestión buscando respuestas no en el sistema capitalista, sino en otra parte (Ricardo describía un *“aumento del precio natural de la mano de obra y, por lo mismo, una tendencia al descenso de los beneficios”*), Marx escribe:

“Los economistas que, como Ricardo, consideran que el modo de producción capitalista es el modo de producción absoluto notan en este punto que ese modo de producción se pone a sí mismo una barrera

1.- K. Marx, *El capital... Antología*, traducción de Manuel Sacristán, páginas 458 y 459. [En la edición de Scaron: vol.6, p. 270]. [N. del T].

2.- *Ibid.*, páginas 459 y 460. [En la edición de Pedro Scaron: vol. 6, p. 271]. [N. del T].

(...); y esa peculiar barrera da testimonio de la limitación y del carácter meramente histórico, transitorio, de modo de producción capitalista.” (*El Capital*, tomo III, capítulo 15)¹.

El desarrollo ilimitado de la producción por el capitalismo choca con la apropiación privada (la ganancia o beneficio).

Tras describir la ley general de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia (o beneficio), Marx analiza “*las influencias contrarrestantes que interfieren la acción de la ley general y la anulan, dándole solamente el carácter de una tendencia*”².

Entre ellas está el aumento de la tasa de explotación o aumento de la tasa de plusvalía, a través de diversas formas de intensificación del trabajo, como la prolongación de la jornada laboral.

“*El aumento de la tasa de plusvalor [plusvalía. (N. del T.)] (...) no deroga la ley general. Pero hace que actúe más como una tendencia*” (ibídem)³.

Otras medidas contrarrestan, según Marx, este descenso: reducción de los salarios por debajo del valor de la fuerza de trabajo, bajada de los precios de los elementos del capital, comercio exterior, etc.

Producción y consumo

La producción de la plusvalía –y su transformación en ganancia– es, en palabras de Marx, “*la finalidad inmediata y el motivo determinante de la producción capitalista*”⁴.

La utilización de la fuerza de trabajo se encamina a producir mercancías, que deberán ser vendidas (realizadas); si no es así no hay realización de la plusvalía.

En el sistema capitalista, la producción determina el consumo. En primer lugar, porque una parte importante del consumo es el consumo productivo (es decir, el consumo de medios de producción) entera y directamente determinado por la producción. En segundo lugar, porque el consumo individual está determinado por las condiciones de explotación de la fuerza de trabajo, que son a su vez reflejo de las relaciones existentes en el ámbito de la producción.

Producción y consumo son, pues, recíprocamente indispensables.

“*Sin producción no hay consumo, sin consumo no hay producción*” dice Marx en la *Introducción a la crítica de la economía política*⁵. Explica que sólo en el consumo un producto se convierte en un “*producto real*” y que el consumo crea la necesidad de una “*nueva producción*”.

Pero eso no tiene nada que ver con la oferta y la demanda. Si, en otra época de la humanidad, producción y consumo eran dos momentos de un mismo acto, en el complicado marco de la sociedad capitalista ya no es así. Entre producción y consumo actúan leyes sociales de reparto, de distribución. Así como determina el consumo, la producción determina la distribución.

A la inversa, consumo y distribución determinan también la producción, ya que “*Entre los diferentes momentos tiene lugar una acción recíproca. Esto ocurre siempre en los conjuntos orgánicos*” (ibídem)⁶.

Marx señala:

“*La plusvalía queda producida en cuanto que la cantidad exprimible de plus-trabajo se encuentra materializada en mercancías. Pero con esa producción de plusvalía se termina sólo el primer acto del proceso de producción capitalista, el proceso de producción inmediato. El capital ha absorbido tanto o cuanto trabajo no pagado. Con el desarrollo del proceso que se expresa en la caída de la tasa de ganancia se hincha monstruosamente la masa de plusvalía así producida. Entonces viene el segundo acto del proceso. Hay que vender toda la masa de mercancías, el producto total, tanto la parte que*

1.- *Ibid.*, página 471. [En la edición de Pedro Scaron: vol.6, p. 310]. (N. del T.).

2.- Karl Marx, *El capital*, edición de Pedro Scaron, Mexico, Siglo XXI editores, 1976, vol. 6, p. 297. [En la mentada traducción de Manuel Sacristán, páginas 463–464]. (N. del T.).

3.- *Ibid.*, p. 300. (N. del T.).

4.- K. Marx, *El capital... Antología*, tr. de Manuel Sacristán, página 472. [Ed. de Scaron: vol. 6, p. 313]. (N. del T.).

5.- “Introducción general a la crítica de la economía política”, en *Contribución a la crítica de la economía política*, edición de Jorge Tula, México, Siglo XXI editores, 1980, p. 292. [Texto reproducido también en: Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la Economía Política [Grundrisse]*, traducción de Javier Pérez Royo, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, vol. I, p. 16]. (N. del T.).

6.- *Ibid.*, página 300. (N. del T.).

repone capital constante y variable cuanto la que representa la plusvalía. Si eso no ocurre, o si sólo ocurre en parte, o a precios que están por debajo de los precios de producción, aunque el trabajador es, sin duda, explotado, sin embargo, su explotación no se realiza como tal para el capitalista, puede darse sin ninguna realización, o con una realización sólo parcial de la plusvalía exprimida, e incluso con una pérdida total o parcial del capital para el capitalista. Las condiciones de la explotación inmediata y las de su realización no son idénticas. Difieren no sólo en tiempo y lugar, sino también conceptualmente. Las primeras están limitadas sólo por la fuerza productiva de la sociedad; las otras lo están por la proporcionalidad entre las diferentes ramas de la producción y por la capacidad de consumo de la sociedad. Pero esta última no está determinada por la incapacidad absoluta de producción ni por la capacidad absoluta de consumo, sino que lo está por la capacidad de consumo sobre la base de una relaciones de distribución antagonísticas que reducen el consumo de las grandes masas de la sociedad a un mínimo sólo variable dentro de límites más o menos estrechos” (Karl Marx, *El capital*, tomo III, cap.15)¹.

Cuanto más se desarrolla la capacidad de producción, más entra en conflicto con la limitada capacidad del consumo. El sistema se esfuerza por remediarlo encontrando nuevos mercados (pero éstos se saturan a su vez), intentando asumir el monopolio de un mercado, ejerciendo la competencia, abriendo mercados artificiales. Resumiendo, a finales del siglo XIX se abre una nueva fase del capital, la de su declive.

La producción sin límites para exprimir la plusvalía, el D que debe convertirse en D', la competencia, la búsqueda de rentabilidad y la modernización, productos del crecimiento del capital, dan lugar al aumento del capital constante. Este “*el paulatino aumento del capital constante respecto del variable tiene que tener necesariamente como resultado una caída gradual de la tasa general de beneficio*” (*El capital*, tomo III, cap. 13)². Tal es la contradicción de la economía capitalista y la base de las crisis recurrentes.

La ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia media expresa el carácter reaccionario del modo de producción capitalista y el hecho de que las relaciones burguesas se convierten en un obstáculo para el desarrollo de la humanidad.

“*Las relaciones burguesas resultan demasiado estrechas para contener las riquezas creadas en su seno. ¿Cómo vence esta crisis la burguesía? De una parte, por la destrucción obligada de una masa de fuerzas productivas; de otra, por la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensa de los antiguos. ¿De qué modo lo hace, pues? Preparando crisis más extensas y más violentas y disminuyendo los medios de prevenirlas*” (*Manifiesto del Partido Comunista*)³.

El memento mori del capitalismo

Como indicamos antes, es la producción capitalista “sin límites” la que lleva la voz cantante, evidentemente en un conjunto orgánico con la distribución, el consumo...

Las crisis regulares, financieras y económicas, en el sistema capitalista son la expresión del hecho de que la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia está en vigor.

Engels también trata el tema de las “crisis de sobreproducción”:

“*El tráfico queda bloqueado, los mercados se saturan, los productos se almacenan tan masiva cuanto invendiblemente, el dinero líquido se hace invisible, desaparece el crédito, se paran las fábricas, las masas trabajadoras carecen hasta de alimentos por haber producido demasiado, una bancarrota sigue a otra, y lo mismo ocurre con las ejecuciones forzosas en los bienes. Esa situación de bloqueo dura años, fuerzas productivas y productos se desperdician en masa, se destruyen, hasta que las acumuladas masas de mercancías, tras una desvalorización mayor o menor, van saliendo finalmente, y la producción y el intercambio vuelven paulatinamente a funcionar. La marcha se acelera entonces progresivamente y pasa a ser trote; el trote industrial se hace luego galope, y ésta vuelve a culminar en la carrera a rienda suelta de un completo steeple-chase [carrera de obstáculos] industrial, comercial, crediticio y especulativo, para llegar finalmente, tras los más audaces saltos, a la fosa del nuevo crack. Y así*

1.- K. Marx, *El capital... Antología*, tr. de Manuel Sacristán, p. 472-473. [Ed. de Scaron: vol. 6, p. 313-314]. (N. del T.).

2.- *Ibid.*, p. 458. [Edición de Scaron: vol. 6, pág. 270]. (N. del T.).

3.- K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo I, p. 116-117 (N. del T.).

*sucesivamente. Todo eso lo hemos vivido desde 1825 cinco veces, y lo estamos experimentando en este momento (1877) por sexta vez” (Anti-Dübring)*¹.

¡Quién diría que Engels escribió esto en 1877!

No hay un “ciclo recurrente de crisis”, como explican algunos supuestos economistas, como si las crisis regulares del sistema fuesen una purga. Hay, en cambio, crisis cíclicas que expresan la crisis general del sistema y que anuncian y preparan las siguientes, más violentas aún.

La ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia media es la expresión del límite en el cual las relaciones capitalistas se convierten en obstáculo al desarrollo de la humanidad.

Las crisis no son otra cosa que la crisis mortal del capital. Marx las llamaba el “*memento mori*”² de la producción capitalista, es decir, el recordatorio periódico de una realidad ineluctable, la de la necesaria desaparición de ese régimen social.

En nuestros días es corriente, incluso citando a Marx, explicar la crisis como un desequilibrio entre producción y consumo; la conclusión que de ello se extrae es generalmente que habría que mejorar el “*reparto de las riquezas*”, a fin de que un aumento de los recursos de la población relance el consumo y, por ende, la producción. Hay en ello, por lo menos, una patente incompreensión de los mecanismos de la economía capitalista.

Marx escribió:

*“ Toda la tendencia de la producción capitalista [está en] acaparar la mayor cantidad posible de plusvalía y, por tanto, materializar con un capital dado el mayor tiempo posible de trabajo directo, ya sea alargando el tiempo de trabajo, ya acortando el tiempo de trabajo necesario, mediante el desarrollo de la productividad del trabajo, el empleo de la cooperación, la división del trabajo, la maquinaria, etc.; en una palabra, produciendo en gran escala, es decir, produciendo en masa. Así pues, la naturaleza [misma] de la producción capitalista significa producción sin tener en cuenta [para nada] los límites del mercado” (K. Marx, Teorías sobre la plusvalía [“tomo IV de El capital”])*³.

La causa de la crisis de la producción no es la crisis del consumo. Hay que volver continuamente al núcleo del capital: la causa de la crisis de la producción estriba en la circulación del capital, dinero—mercancía—dinero, siendo los dos términos extremos idénticos en cuanto a su naturaleza (dinero), pero diferentes en cuanto a su valor: D' es mayor que D.

*“Jamás debe olvidarse que en la producción capitalista no se trata directamente del valor de uso, sino del valor de cambio y, especialmente, del incremento de la plusvalía. Tal es el móvil propulsor de la producción capitalista, y no deja de ser una concepción peregrina la de que, para descartar con argumentos las contradicciones de la producción capitalista, debe hacerse caso omiso de la base sobre que ésta descansa, para convertirla en una producción que tiende al consumo directo de los productores” (ibídem)*⁴.

Por lo tanto está claro que la raíz de las crisis se encuentra en la búsqueda del beneficio.

*“En la reproducción, exactamente lo mismo que en la accumulation of capital, no se trata solamente de reponer en el misma escala o en una escala ampliada (en la acumulación) el mismo volumen de valores de uso que forman el capital, sino el valor del capital desembolsado con la tasa de ganancia (plusvalía) usual. Si, por tanto, en virtud de alguna circunstancia o combinación de circunstancias, los precios de mercado de las mercancías (de todas o de la mayoría de ellas, pues da lo mismo) descienden muy por debajo de sus precios de costo, [tendremos que], de una parte, se contraerá lo más posible la reproducción del capital. Y se paralizará más aún la acumulación” (ibídem)*⁵.

He ahí el origen de las crisis, ya que una crisis es ante todo y sobre todo un freno a la producción, un freno a la acumulación del capital, una desvalorización del capital.

Como remacha Marx en *El capital*:

“En la producción capitalista no se trata de extraer, a cambio de la masa de valor volcada a la circulación en forma de mercancía, una masa de valor igual en otra forma sea de dinero o de alguna otra mercancía, sino que se trata de extraer, para el capital adelantado con vistas a la producción, el mismo

1.- *Op. cit.*, p. 273. (N. del T.).

2.- *Memento mori*: expresión latina que prevenía a los “grandes” de este mundo: *Recuerda que has de morir*. En la pintura del siglo XVI, personaje o figura que simboliza la muerte, como en los cuadros de El Bosco.

3.- “Teorías sobre la plusvalía II”, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, vol. 13, páginas 479 y 480. (N. del T.).

4.- *Ibid.*, p.456. (N. del T.).

5.- *Ibid.*, p.455. (N. del T.).

*plusvalor [plusvalía. (N. del T.)] o ganancia que cualquier otro capital de la misma magnitud, o pro rata a su magnitud, cualquiera que sea el ramo de la producción en el cual se lo haya empleado, por consiguiente, se trata, cuando menos como mínimo, de vender las mercancías a precios que brinden la ganancia media, es decir a precios de producción*¹.

Si, como Marx, concebimos la ganancia como enteramente constituida por la plusvalía, el consumo de los trabajadores no se tiene en cuenta. Para el capital, el consumo de los trabajadores no representa más que el *v* (capital variable), por lo que no puede servir para realizar la plusvalía extraída ni, por consiguiente, proporcionar una ganancia.

*“El límite de la producción es la ganancia del capitalista y no [son] en modo alguno, las necesidades de los productores. Pero una cosa es la superproducción de productos y otra muy distinta la superproducción de mercancías” (Teorías sobre la plusvalía)*².

“Se produce demasiado poco”

Volvamos entonces a lo que Marx llama “crisis de sobreproducción”. Él no considera que se produzca demasiado, sino, por el contrario, demasiado poco.

“No se producen demasiados medios de subsistencia en proporción a la población existente; por el contrario. Se producen demasiado pocos como para satisfacer decente y humanamente al grueso de la población. No se producen demasiados medios de producción para ocupar a la parte de la población capaz de trabajar; por el contrario. En primer lugar, se produce una parte demasiado grande de la población que de hecho no es capaz de trabajar, que por sus circunstancias se ve reducida a la explotación del trabajo ajeno o a ejecutar trabajos que sólo pueden considerarse tales dentro de un modo miserable de producción. En segundo lugar no se producen suficientes medios de producción como para que toda la población capaz de trabajar pueda hacerlo bajo las condiciones más productivas, es decir como para que su tiempo absoluto de trabajo resulte abreviado por la masa y la eficacia de capital constante empleado durante el tiempo de trabajo.

*Pero periódicamente se producen demasiados medios de trabajo y de subsistencia como para hacerlos actuar en calidad de medios de explotación de los obreros a determinada tasa de ganancia. Se producen demasiadas mercancías para poder realizar el valor y el plusvalor [plusvalía. (N. del T.)] contenidos o encerrados en ellas, bajo las condiciones de distribución y consumo dadas por la producción capitalista y reconvertirlo en nuevo capital, es decir para llevar a cabo este proceso sin explosiones constantemente recurrentes” (Karl Marx, *El Capital*, tomo III, capítulo 15)*³.

Las crisis no se explican por los límites del “consumo popular”. Marx recuerda que, en el modo de producción capitalista, lo que cuenta es producir y realizar la plusvalía.

*“El verdadero límite de la producción capitalista lo es el propio capital; es éste: que el capital y su autovalorización aparece como punto de partida y punto terminal, con motivo y objetivo de la producción, que la producción sólo es producción para el capital, y no a la inversa, que los medios de producción son meros medios para un desenvolvimiento constantemente ampliado del proceso vital, en beneficio de la sociedad de los productores. Los límites dentro de los cuales únicamente puede moverse la conservación y valorización del valor de capital, las que se basan en la expropiación y empobrecimiento de la gran masa de los productores, esos límites entran, por ello, constantemente en contradicción con los métodos de producción que debe emplear el capital para su objetivo, y que apuntan hacia un aumento ilimitado de la producción, hacia la producción como fin en sí mismo, hacia un desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales del trabajo. El medio desarrollo incondicional de las fuerzas productivas sociales entra en constante conflicto con el objetivo limitado, el de la valorización del capital existente. Por ello, si el modo capitalista de producción es un medio histórico para desarrollar la fuerza productiva material y crear el mercado mundial que le corresponde, es al mismo tiempo la constante contradicción entre esta su misión histórica y las relaciones sociales de producción correspondientes a dicho modo de producción” (ibídem)*⁴.

1.- K. Marx, *El capital*, edición de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1976, vol. 6, p. 246. (N. del T.).

2.- “Teorías sobre la plusvalía II”, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1980, vol. 13, página 485. (N. del T.).

3.- Karl Marx, *El capital*, edición de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1976, vol. 6, p. 330-331. (N. del T.).

4.- *Ibid.*, p. 321. (N. del T.).

Aquí se manifiesta la contradicción fundamental del sistema capitalista: la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación, de donde nacen todas las demás contradicciones del capitalismo y también las crisis. Nacen de esta contradicción entre la producción ilimitada para arrancar la plusvalía y la apropiación privada en busca de la ganancia.

“La baja de la tasa de ganancia y la acumulación acelerada sólo son diferentes expresiones del mismo proceso en la medida en que ambas expresan el desarrollo de la fuerza productiva. Por su parte, la acumulación acelera el descenso de la tasa de ganancia, en tanto con ella está dada la concentración de los trabajos en gran escala y, por consiguiente, una más alta composición del capital. Por otra parte, la baja de la tasa de ganancia acelera, a su vez, la concentración del capital y su centralización mediante la expropiación de los capitalistas menores, mediante la expropiación del último resto de productores directos a los cuales aún les queda algo que expropiar. De esa manera se acelera, por otro lado, la acumulación (...)” (ibídem)¹.

En la tendencia decreciente de la tasa de ganancia y en sus contradicciones (y como consecuencia de éstas) *n que se destruye ella misma y que, con to de produccis al final de los añexpropiacis u vez la concentraci productividadenta abajésta s*, se manifiesta un proceso de concentración del capital que conduce a *“una modificación orgánica del modo de producción capitalista, un cambio cualitativo hacia la fase imperialista”*. Es la marcha hacia la concentración del capital, la eliminación de una parte de los capitalistas, la marcha hacia los grandes trusts.

Evidentemente, Marx no podía analizar esa fase en su época –lo que Lenin sí hará en 1916–, pero empezó a vislumbrar los elementos constitutivos de esa transformación. Analizando el desarrollo de las sociedades por acciones a finales de la década de 1870, principios de la de 1880, señala:

“Esto constituye la abolición del modo capitalista de producción dentro del propio modo capitalista de producción y, por consiguiente, una contradicción que se anula a sí misma, que prima facie², se presenta como mero punto de transición hacia una nueva forma de producción. Se presenta luego en la manifestación, también, como tal contradicción. En determinadas esferas establece el monopolio, por lo cual provoca la intromisión estatal. Reproduce una nueva aristocracia financiera, un nuevo tipo de parásitos (...) todo un sistema de fraude y engaño con relación a fundaciones, emisión de acciones y negociación de éstas” (El Capital, tomo III, capítulo 27)³.

Cerca de cuarenta años más tarde, sobre la base de esta transformación realizada, Lenin establecerá las características del imperialismo, demostrando el genio y la capacidad de anticipación de Marx.

En la fase suprema del capitalismo (el imperialismo), el paso a los monopolios conlleva la desvalorización del capital y refuerza considerablemente el efecto del descenso de la tasa de ganancia. Hay que buscar los límites de la producción capitalista en el capital mismo. Por un lado, la centralización y acaparamiento de los medios de producción en forma de capital exigen una producción sin otro límite que su propia capacidad productiva. Por otro, la masa proletaria que no posee como propia más que su fuerza de trabajo, una fuerza que sólo puede vender en tanto que el capital obtenga de ella una plusvalía y que la realice, cosa que las propias condiciones de detracción de la plusvalía hacen cada vez más difícil. La tendencia decreciente de la tasa de ganancia se acrecienta aún más. La solución para la clase capitalista reside entonces en la búsqueda de mercados artificiales: el parasitismo, la especulación, la economía de armamento, la economía de la droga, etc.

El capitalismo agoniza: las relaciones capitalistas se han convertido en un obstáculo absoluto para el desarrollo de las fuerzas productivas.

La agonía del capitalismo

Marx plantea el problema muy claramente cuando escribe:

“Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión

1.- *Ibid.*, páginas 309 y 310. (N. del T.).

2.- *Prima facie*, locución latina: a primera vista, en apariencia. (N. del T.).

3.- *Op. cit.*, vol. 7, p. 564. (N. del T.).

jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social” (Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*)¹.

Fue así en la época del esclavismo, también en la del feudalismo, cuyas relaciones sociales obstaculizaban el desarrollo de las fuerzas productivas, y del que la burguesía tuvo que liberarse. La burguesía revolucionará la sociedad generalizando la economía mercantil y aboliendo así el modo de producción feudal. A su vez, las relaciones sociales capitalistas bloquean el desarrollo de las fuerzas productivas.

Marx precisa:

“Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar” (ibídem)².

Para Marx, en tanto que las relaciones de producción son el marco de un desarrollo de las fuerzas productivas no hay fundamento para una revolución social.

Apoyándose en los últimos trabajos de Marx y Engels que analizan las relaciones burguesas como obstáculo al desarrollo de las fuerzas productivas —que en su época era sólo relativo—, en los de Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (la época de las guerras y las revoluciones) y en el desarrollo histórico del siglo XX, con la Primera Guerra Mundial imperialista en 1914-1918 y la primera revolución proletaria victoriosa de Octubre de 1917, el programa de fundación de la IV Internacional (1938) afirma: *“La premisa económica de la revolución proletaria ha llegado hace mucho tiempo al punto más alto que puede ser alcanzado bajo el capitalismo. Las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer”*.

Tal es el diagnóstico fundamental establecido por el marxismo, diagnóstico cuya vigencia y validez sólo defiende la IV Internacional. La socialdemocracia, en nombre de las “reformas” del sistema capitalista, más tarde en nombre de una supuesta “economía social de mercado” venidera, renunció, ya en 1914, a considerar el capital como un régimen social condenado.

La burocracia estalinista y los partidos que de ella surgieron también habían renunciado a esta caracterización, viendo en un supuesto “capitalismo monopolístico” una nueva etapa del capitalismo. Del mismo modo, la corriente “pablista” (Secretariado Unificado, Liga Comunista Revolucionaria [LCR] y después el Nuevo Partido Anticapitalista [NPA] en Francia³), a través de diversas “teorías” (el “neocapitalismo” o la “tercera edad del capitalismo”), ha basado su política en el hecho de que las fuerzas productivas no habían dejado de crecer. Afirmaba incluso que nuestro análisis de la crisis del capital adolecía de “catastrofismo”.

Ernest Mandel, el fundador y principal teórico de esa corriente, escribía: *“El ejemplo ya clásico de ese dogmatismo es la tesis lambertista según la cual las fuerzas productivas han cesado de crecer. Resulta vano oponerles las estadísticas no sólo relativas a las fuerzas productivas (la producción industrial), sino también a las fuerzas productivas humanas (número de proletarios y sus cualificaciones). De nada sirve demostrarles que el crecimiento de la producción no atañe solamente a la producción de armamento, sino también a los medios de producción. No, nuestros dogmáticos se atrincheran detrás de Trotsky que escribió esto en 1938”*⁴ (*El capitalismo tardío*).

Sería cruel regodearse en esclarecer a semejante teórico con las estadísticas actuales (¡) y con el hecho de que Trotsky escribió en 1938, Lenin en 1916, y de que Marx escribió *El capital* hace siglo y medio. Pero eso no es lo esencial.

Ya hemos explicado (ver folleto nº 1, ¿Qué es el marxismo?) el hecho de que para Marx y el marxismo, las fuerzas productivas no se identifican con el desarrollo de la producción. Para el marxismo, “*las fuerzas productivas de la sociedad*” o “*las fuerzas productivas de la humanidad*” son los medios de producción (herramientas, técnicas, ciencias, etc.) y los hombres que se sirven de ellos. ¡Pero no eso se reduce a una suma de herramientas, de técnicas o de hombres! Ni a una simple cuestión de “cantidad”.

1.- K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo I, p. 518. (N. del T.).

2.- *Ibid.*, (N. del T.).

3.- En España, Izquierda Anticapitalista y Revolta Global. (N. del T.).

4.- Pasaje publicado en castellano en un boletín de la Liga Comunista Revolucionaria de España, de 20 de febrero de 1971, con el título *Nuestras divergencias con el lambertismo* (N. del T.).

Hemos visto que las fuerzas productivas son “*el mediador entre la naturaleza y el hombre*” (Marx). Son el producto del trabajo humano en relación con la naturaleza, pero también el producto de las relaciones de los hombres entre sí. De modo que son el producto de las relaciones de producción y de un modo de producción determinado del que constituyen un elemento esencial, e incluyen todas las contradicciones de esas relaciones y de ese modo de producción.

Por ello las herramientas, las técnicas, los medios de producción no pueden ser analizados independientemente de los hombres que los utilizan, en relación con otros hombres, en una sociedad dividida en clases.

Esos conjuntos de herramientas, de técnicas, son evidentemente mensurables, “cuantificables” y forman parte de las fuerzas productivas. Sin duda hay una diferencia de cantidad entre las fuerzas movilizadas para la fabricación de un hacha de piedra o de una herramienta metálica, pero el factor común es el trabajo humano.

Por lo que Marx precisa que es “*el individuo social [el que] representa el fundamento esencial de la riqueza*” (*Grundrisse*)¹. En otras palabras, es la utilización por el hombre de las técnicas y las herramientas (que, recordémoslo, contienen ya trabajo humano cristalizado) lo que da a este conjunto el carácter de “*fuerzas productivas de la humanidad*”. El marxismo no reduce las fuerzas productivas a un “aumento de la producción” o a un “progreso técnico”, ya que la principal fuerza productiva es el trabajo humano. Por ello, para el marxismo, la “*revuelta de las fuerzas productivas*”² contra las relaciones capitalistas se expresa en la lucha de clases, oponiendo a proletarios y burgueses.

El carácter social de la producción, el desarrollo de las fuerzas productivas en la época del capitalismo ascendente, tiende a la socialización de la producción, por lo que choca con la propiedad privada, con la apropiación privada que en un momento determinado (imperialismo) se convierte en un obstáculo absoluto para el desarrollo de las fuerzas productivas.

Desde ese punto de vista hay que distinguir “*desarrollo de las fuerzas productivas*” y “*desarrollo de la producción*”. En el capítulo anterior vimos que el límite del capital es el capital mismo, que produce demasiado poco teniendo en cuenta las necesidades de la humanidad, y demasiado desde el punto de vista de las relaciones capitalistas. Las fuerzas productivas de la humanidad deben ser liberadas de la rémora capitalista por la revolución proletaria.

Imperialismo significa que “*las fuerzas productivas ya no crecen más*”. Tal es la causa de la destrucción de ramas enteras de la industria, de la liquidación de la agricultura, de la hambruna, de la miseria y de las guerras. Por el contrario, el socialismo, al liberar las fuerzas productivas, desarrollará la economía mundial en el sentido del interés de la aplastante mayoría del planeta.

En 1939 (sí, en 1939), León Trotsky escribió:

“En consecuencia, para salvar a la sociedad no es necesario detener el desarrollo de la técnica, cerrar las fábricas, conceder premios a los agricultores para que saboteen a la agricultura, transformar a un tercio de los trabajadores en mendigos (...). Ninguna de estas medidas, que constituyen una burla horrible para los intereses de la sociedad, es necesaria. Lo que es indispensable y urgente es separar los medios de producción de sus actuales propietarios parásitos y organizar la sociedad de acuerdo con un plan racional” (*El marxismo y nuestra época*)³.

Repitámoslo, para la IV Internacional “*las fuerzas productivas de la humanidad han cesado de crecer. Las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos no conducen a un acrecentamiento de la riqueza material*”.

1.- “*Es (...) el desarrollo del individuo social, el que se presenta como la gran piedra angular de la producción y de la riqueza*”, Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la Economía Política [Grundrisse]*, traducción de Javier Pérez Royo, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, vol. II, pág. 91. (N. del T.).

2.- *Vid.* “*Manifiesto del Partido Comunista*”, K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo I, p. 116. (N. del T.).

3.- Traducido del francés, (León Trotsky, *Œuvres*, tomo 20, Institut Léon Trotsky, 1985, París, pág. 147); versión digital del CEIP de su compilación: León Trotsky, *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición*, Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, 1999. [Otra versión en castellano es la titulada *El pensamiento vivo de Marx*, Buenos Aires, Editorial Losada.] (N. del T.).

Las fuerzas productivas han cesado de crecer

Las fuerzas productivas de la humanidad, en particular las que resultan “de las nuevas invenciones y los nuevos progresos técnicos”, chocan con las relaciones de producción capitalistas.

Lenin, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, subraya a este respecto:

“Como hemos visto, la base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del seno del capitalismo y se halla en las condiciones generales del mismo, de la producción de mercancías, de la competencia, en una contradicción constante insoluble con dichas condiciones generales. Pero, no obstante, como todo monopolio, engendra inevitablemente una tendencia al estancamiento y a la descomposición. Puesto que se fijan, aunque sea temporalmente, precios monopolistas, desaparecen hasta cierto punto las causas estimulantes del progreso técnico y, por consiguiente, de todo progreso (...)” (Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*)¹.

El imperialismo es “la reacción en toda la línea”, el estancamiento y la putrefacción, la regresión contra el progreso.

En ese sentido Trotsky, sin negar “las nuevas invenciones” y “los nuevos progresos técnicos”, consideran que no conducen a “un acrecentamiento de la riqueza material”. Trotsky no habla de riqueza en el sentido trivial y capitalista del término, sino del desarrollo de toda la sociedad, de la “riqueza material de la humanidad”.

La ciencia pura, es decir, la investigación fundamental que ha hecho posible los mayores descubrimientos en la época moderna, como la “teoría de los cuantos” de Max Planck (1900) o la “relatividad” de Einstein (1905), sólo ocasionalmente deriva en aplicaciones prácticas inmediatamente utilizables, y por lo mismo rentables. De hecho, esos grandes descubrimientos científicos fundamentales que han revolucionado la ciencia son, esencialmente, producto de trabajos realizados en el siglo XIX, o en los primeros decenios del siglo XX.

En el siglo XX, y aún más claramente en su segunda mitad en la que impera la ley del beneficio y de los créditos necesarios, la investigación va a reorientarse masivamente hacia la “investigación aplicada”. Es decir, una investigación principalmente determinada por las exigencias de rentabilidad de la producción capitalista. La utilización de los científicos en la primera guerra imperialista (radar, armas químicas...) y sobre todo en la segunda (armas atómicas), dio un impulso en ese sentido.

En 1950 había en los Estados Unidos 400.000 investigadores, siendo 15.000 en 1930. Ciertamente, esto indica la potencialidad humana de desarrollo de las ciencias, pero significa, bajo el talón de hierro del imperialismo, la “industrialización” de la investigación, con sus leyes: la ganancia con sus reglas, las de la rentabilidad. Por otra parte, cabe señalar que el sector de armamento es el mayor consumidor de investigación aplicada.

El desarrollo de Internet (utilizado desde 1941 por el ejército norteamericano), los teléfonos móviles (utilizados por el ejército norteamericano en el decenio de 1940 bajo la forma de teléfonos inalámbricos), la informática (desde el decenio de 1930), ¿son esa “revolución tecnológica” de la que se nos ha hablado? ¿Participan del desarrollo de la “riqueza material de la humanidad”?

Caricaturizando, podríamos compararlos con una versión más moderna de la carta que llegaba al día siguiente de ser depositada en el correo cuando los servicios de Correos funcionaban, del teléfono fijo, de la máquina de escribir o de la calculadora de Pascal. Se trata de una diferencia de cantidad, no de cualidad.

Marx explica: “El desarrollo del capital fijo indica hasta qué grado el saber social general, el conocimiento se convertido en una fuerza productiva inmediata”².

En este sentido, en la época del imperialismo choca con las relaciones capitalistas. Todo lo que produce la investigación aplicada, sometida a la ley de la ganancia, no es más que una mejora técnica de lo que ya existe.

La ciencia no es una abstracción. Todos los descubrimientos científicos deben ser juzgados en función del proceso global del desarrollo de la humanidad. No son producto de la naturaleza, sino de la sociedad humana. Los diez dedos con los que los hombres ejecutaron su primera

1.- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1966, páginas 126 y 127. (N. del T.).

2.- Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la Economía Política [Grundrisse]*, traducción de Javier Pérez Royo, Barcelona, Editorial Crítica, 1978, vol. II, pág. 92. (N. del T.).

operación son todo lo que se quiera, salvo una creación del “entendimiento”. Esos diez dedos de las manos que fueron liberadas por la posición erecta del hombre permitieron cazar, contra, pintar, esculpir, construir máquinas, fabricar mercancías, componer música, resumiendo, impulsaron la historia de los hombres. En la ciencia como en la técnica, así como en el arte, la liberación de las fuerzas productivas del lastre de las relaciones burguesas permitirá los mayores descubrimientos.

Con su extraordinario genio materialista y dialéctico, y también con su propio estilo, Engels escribe en el *Anti-Dühring* –la mejor introducción al método del marxismo que pueda existir–:

*“Los primeros hombres que destacaron de la animalidad eran en todo lo esencial tan poco libres como los animales mismos; pero cada progreso en la cultura fue un paso hacia la libertad. En el umbral de la historia humana se encuentra el descubrimiento de la transformación del movimiento mecánico en calor: la producción del fuego por frotamiento; en el último estadio de la evolución ocurrida hasta hoy se encuentra el descubrimiento de la transformación del calor en movimiento mecánico: la máquina de vapor. Y a pesar de la gigantesca subversión liberadora que produce la máquina de vapor en el mundo social –acción que no está aún ni en su mitad–, es indudable que ^[105] la producción del fuego por frotamiento la supera en cuanto a eficacia liberadora del hombre respecto del mundo. Pues el fuego producido por frotamiento dio por vez primera al hombre el dominio sobre una fuerza natural, y le separó así definitivamente del reino animal. La máquina de vapor no producirá nunca en la evolución de la humanidad un salto tan descomunal (...)”*¹ [los resaltados en negrita son del redactor].

La “ciencia pura”, es Einstein en 1905 ($E=mc^2$, la equivalencia entre masa y de energía). Este descubrimiento sin objetivo de aplicación inmediata contenía en germen la posibilidad, entre otras muchas, de la bomba de fusión... que explotó sobre Hiroshima cuarenta años después. El imperialismo “es la reacción en toda la línea”, es el estancamiento y la destrucción de las fuerza productivas, la producción de fuerzas destructivas.

Analizando los mecanismos del capital, Marx y Engels deducen ya su tendencia fundamental:

“En el desarrollo de las fuerzas productivas se llega a una fase en la que surgen fuerzas productivas y medios de intercambio que, bajo las relaciones existentes, sólo pueden ser fuente de males, que no son ya tales fuerzas productivas sino más bien fuerzas destructivas” (*La ideología alemana*)².

Esa fase es la del imperialismo.

El imperialismo, fase superior del capitalismo

En 1916, en plena guerra imperialista y basándose en el análisis del sistema capitalista de los últimos decenios, Lenin establece los cinco caracteres fundamentales del modo de producción capitalista en el siglo XX. Concluye que se encuentra en la fase suprema, es decir, la fase final más allá de la cual no puede avanzar, siendo solamente capaz de arrastrar con él a la humanidad hacia la barbarie. Para Lenin, es “*la época de las guerras y las revoluciones*”. La Primera Guerra Mundial de la historia de la humanidad ya ha comenzado. Un año después, la primera revolución proletaria victoriosa establecerá el poder de los soviets.

Para caracterizar el imperialismo en sus rasgos esenciales, Lenin escribe:

“1) la concentración de la producción y del capital llegada hasta un grado tan elevado de desarrollo que ha creado los monopolios, que desempeñan un papel decisivo en la vida económica;

2) la fusión del capital bancario con el industrial y la creación, sobre la base de este “capital financiero”, de la oligarquía financiera;

3) la exportación de capital, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia particular;

4) la formación de asociaciones internacionales monopolistas de capitalistas, las cuales se reparten el mundo, y

5) la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes.”

(Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*)³.

1.- F. Engels, *Anti-Dühring*, versión española de Manuel Sacristán, México, Editorial Grijalbo, 1964, páginas 104 y 105. (N. del T.).

2.- K. Marx y F. Engels, “Primer capítulo de *La ideología alemana*”, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974, tomo I, p. 37. (N. del T.).

3.- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras,

En la fase suprema, la competencia propia del capitalismo ascendente (que había estimulado el desarrollo de las fuerzas productivas) engendra su contrario: el monopolio.

La constitución de la oligarquía del capital financiero¹ es parte de ese mismo movimiento, mientras que se desarrollan masivamente la exportación de capitales –amenazando el equilibrio del mercado mundial sometido a crisis desarticuladoras (de 1929 a 2009)–, la explotación de **zonas enteras del planeta**, saqueadas y destruidas en su potencial de desarrollo por la dominación imperialista.

Pero el monopolio no acaba con la competencia inherente al capitalismo, ni el reparto del mundo pone fin la competencia entre las burguesías imperialistas.

Esta situación en la que se exagera la competencia para obtener nuevos mercados para las mercancías y los capitales no puede sino expresarse en la confrontación violenta: la humanidad pagará el precio con dos grandes guerras mundiales. Lenin analizará también las consecuencias del paso a la fase imperialista en el movimiento obrero, con el desarrollo de una aristocracia obrera, base social del reformismo (ver folleto nº 3).

Nuestro propósito no es tratar aquí sobre la fase actual de descomposición del imperialismo, sobre el lugar del imperialismo norteamericano y sus relaciones con los demás imperialismos, o sobre la fase actual de la crisis capitalista (mercados financieros, especulación, parasitismo, armamento, desindustrialización y destrucción del trabajo asalariado, etc.), ni siquiera de la marcha hacia la desmembración de las naciones (papel del imperialismo norteamericano, Unión Europea, etc.) y de la humanidad, cosas todas ellas fundamentales para comprender lo que es hoy la agonía del capitalismo. Para ello haría falta un nuevo folleto. Nos conformaremos, pues, con remitir a la lectura de libros, documentos o artículos recientes a los que haremos referencia.

En las siguientes páginas, nos limitaremos a ilustrar la definición del carácter totalmente reaccionario y parasitario del imperialismo a través de algunos ejemplos que parecen útiles para una comprensión global, a fin de desmitificar, mediante el análisis marxista, algunas “evidencias” que nos asentan todos los días.

La mundialización, ¿una novedad?

Resulta de buen tono en nuestros días descubrir la “mundialización” como si fuese un fenómeno reciente. La economía, bajo el régimen del capital, es mundial. Desde Marx, sabemos que el capital ha creado un mercado mundial que domina.

La economía mundial es un conjunto, orgánico y contradictorio al mismo tiempo. No es una totalidad abstracta, es un conjunto de relaciones.

“El marxismo parte del concepto de la economía mundial, no como una amalgama de partículas nacionales, sino como una potente realidad con vida propia, creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, que impera en los tiempos que corremos sobre los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista rebasan desde hace mucho tiempo las fronteras nacionales. La guerra imperialista fue una de las manifestaciones de este hecho” (León Trotsky, prólogo [“Dos concepciones”] de *La revolución permanente*)².

Este es, por cierto, el fundamento de las tesis marxistas, es decir, las de la IV Internacional, sobre el carácter internacional y permanente de la revolución proletaria.

León Trotsky subraya:

*“El capitalismo tiene el doble mérito histórico de haber elevado la técnica a un alto nivel y de haber ligado a todas las partes del mundo con lazos económicos. De ese modo ha proporcionado los prerequisites materiales para la utilización sistemática de todos los recursos de nuestro planeta. Sin embargo, el capitalismo no se halla en situación de cumplir esa tarea urgente”*³.

1966, páginas 112 y 113. (N. del T.).

1.- Ya no hay capital comercial, después capital bancario por un lado y, por otro, capital industrial como en el siglo XIX, sino fusión de esas formas hasta entonces diferenciadas.

2.- León Trotsky, *La revolución permanente*, traducción directa del ruso de Andrés Nin, París, Ruedo Ibérico, 1972, páginas 2 y 3. (N. del T.).

3.- León Trotsky, *El marxismo y nuestra época*, traducido del francés, (Œuvres, tomo 20, Institut Léon Trotsky, 1985, París, pág. 147); versión digital del CEIP de su compilación: León Trotsky,

Hablar de “mundialización” como de un fenómeno nuevo y denunciarla como tal oculta un hecho determinante: no es la “mundialización” de la economía lo que es “malo” para la humanidad, al contrario, la constitución de un mercado mundial fue un factor de progreso (y señalemos de paso que eso permitió a Marx concluir que “*los proletarios no tienen patria*”).

Lo que destruye a la humanidad es el dominio de ese mercado por el capital agónico, porque sus “crisis financieras”, sus guerras, amenazan a cada instante con desarticular el mercado mundial. De manera que lo que está en tela de juicio es el imperialismo, el régimen capitalista agónico, y nada más.

El capitalismo del siglo XXI: ¿una abstracción superestructural?

Entre los altermundialistas, anticapitalistas u otros altercapitalistas, se denuncia con energía la tecnoestructura mundialista, “*el imperialismo estadounidense*”, que quiere “mercantilizar” todo, en el que no hay lugar para lo humano. Ya nos hemos explicado sobre lo humano, la fuerza de trabajo como mercancía. Aquí querríamos insistir en la naturaleza de clase del capital.

El monopolio jamás surge de una desviación del desarrollo económico. Como explica Lenin:

“La base económica más profunda del imperialismo es el monopolio. Se trata de un monopolio capitalista, esto es, que ha nacido del seno del capitalismo y se halla en las condiciones generales del mismo, de la producción de mercancías, de la competencia, en una contradicción constante insoluble con dichas condiciones generales”¹.

La acumulación del capital, su centralización y su concentración llevan a la fusión de los capitales en manos de un número cada vez más restringido de capitalistas que, mediante el juego de la competencia, liquidan o absorben a sus competidores. Esta es la situación que lleva al monopolio; pero, como precisa Lenin:

“Naturalmente, bajo el capitalismo, el monopolio no puede nunca eliminar del mercado mundial de un modo completo y por un período muy prolongado la competencia”².

La competencia es aún más brutal y violenta. Están permitidos todos los golpes: guerra por el control del petróleo, ofensiva para reventar el proteccionismo y las ayudas públicas (la ofensiva de Boeing contra Airbus), compra para liquidación (la recompra de Arcelor por Mittal). Sería larga la lista que recogiera las consecuencias del monopolio y de la competencia que renace más fuerte, más violenta, no ya bajo la forma “capitalista clásica” de la competencia entre capitalistas individuales, sino de la competencia entre fracciones imperialistas o burguesías imperialistas. Se puede constatar —a través del poderío económico norteamericano, la exportación de sus capitales (en particular los famosos fondos de inversión), su política monetaria mundial con el papel del dólar, y también su potencia militar y política— que el imperialismo norteamericano intenta sellar la suerte de sus competidores (por ejemplo, la expulsión del imperialismo francés de África, la lucha por el control mundial del petróleo, la penetración masiva de capitales norteamericanos en la industria europea).

Todo esto no obedece a una política agresiva y militarista de un gobierno norteamericano “ultraconservador”, sino a las necesidades vitales de la clase capitalista norteamericana que, para sobrevivir, debe aplastar a la vez a sus competidores imperialistas y a los trabajadores y los pueblos del mundo. Ninguna barrera nacional política, aduanera o reglamentaria (Código Laboral o Estatuto de los Trabajadores, convenio colectivo, etc.) debe oponerse a la circulación de mercancías y capitales norteamericanos. Evidentemente, esto provoca resistencias —que acentúan la violenta confrontación mundial a golpe de conflictos en tal o cual parte del mundo—, pero son tímidas por el lugar y el papel de los Estados Unidos como guardián supremo del “orden” capitalista mundial contra la revolución proletaria.

Así pues, no hay un “*imperio del mal estadounidense*”, como gustan de decir esos altercapitalistas, sino un sistema, el del imperialismo, en el que la burguesía imperialista norteamericana



Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición, Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “Leon Trotsky”, 1999. [Otra versión en castellano es la titulada *El pensamiento vivo de Marx*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1962.] (N. del T.)

1.- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1966, pág. 126. (N. del T.)

2.- *Ibid.*, pág. 127. (N. del T.)

juega un papel determinante. Pero no estamos en una nueva fase, una en la que la humanidad estaría sometida al “superimperialismo” norteamericano. No hay superimperialismo ni fase nueva. Hay un régimen en crisis, incluyendo principalmente a los Estados Unidos mismos, y la situación mundial provoca una crisis de la propia dominación política norteamericana, que se expresa a la vez en la necesidad de recurrir a la elección de Obama y, sobre todo, en la resistencia de los trabajadores norteamericanos contra la guerra, ligada a la defensa de sus derechos (sanidad, educación, trabajo).

¿Hay un capitalismo malo?

Los mismos alter y anti, incluso también los dirigentes del PS, PCF... y también otros de derechas, parecen descubrir los vicios de un capitalismo de las “multinationales y los trusts”. Algunos quieren humanizar el capitalismo, regularlo, “refundarlo” y otros, más radicales, quieren luchar contra los “patronos sin escrúpulos”. Esta verborrea pretende enmascarar la realidad de la sociedad dividida en clases, en la que se enfrentan, por un lado, la masa explotada y oprimida y, por otro, la clase capitalista. Los “trusts” son el producto del sistema capitalista en su fase imperialista.

Lenin subraya el papel de la banca en el siglo XIX (“intermediaria en los pagos”) y en el siglo XX:

“A medida que van desarrollándose los bancos y que va acentuándose su concentración en un número reducido de establecimientos, de modestos intermediarios que eran antes, se convierten en monopolistas omnipotentes que disponen de casi todo el capital monetario de todos los capitalistas y pequeños patronos, así como de la mayor parte de los medios de producción y de las fuentes de materias primas de uno o de varios países. Esta transformación de los numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas constituye uno de los procesos fundamentales de la transformación del capitalismo en imperialismo capitalista”¹.

Se trata, según Lenin, de la fusión, de la interpenetración del capital bancario y el capital industrial en el **capital financiero**.

En este proceso se constituye una oligarquía financiera que vertebra la clase capitalista. La concentración capitalista ha conducido a un enorme excedente de capitales en los países imperialistas.

“Naturalmente, si el capitalismo hubiera podido desarrollar la agricultura, (...) si hubiera podido elevar el nivel de vida de las masas (...), no habría por qué hablar de un exceso de capital. Este ‘argumento’ es constantemente empleado por los críticos pequeñoburgueses del capitalismo. Pero entonces el capitalismo dejaría de ser capitalismo (...). Mientras el capitalismo es capitalismo, el exceso de capital no consagra a la elevación del nivel de vida de las masas (...) sino al acrecentamiento de (...) beneficios”².

Y Lenin explica que en el curso de la acumulación creciente de capitales y de la formación de monopolios, éstos, cárteles o trusts, han tomado posesión de su mercado interno y están “ligados necesariamente al mercado exterior”. Hace mucho tiempo que el capitalismo creó el mercado mundial. Los trusts y cárteles, bajo todas las formas (exportación de capitales, colonias, zonas de influencia), extienden su influencia más allá de sus fronteras y se dirigen hacia “la constitución de cárteles internacionales”³.

Como explica Lenin: “El exceso de capitales (...) se consagra (...) al acrecentamiento de (...) beneficios mediante la exportación de capital”⁴.

Si en el siglo XI se exportaban las mercancías, en el siglo XX a esto se añade una exportación masiva de capitales.

“Lo que caracterizaba al viejo capitalismo, en el cual dominaba plenamente la libre concurrencia, era la exportación de mercancías. Lo que caracteriza al capitalismo moderno, en el que impera el monopolio, es la exportación de capital”⁵.

1.- *Ibid.*, pág. 33. (N. del T.).

2.- *Ibid.*, pág. 77. (N. del T.).

3.- *Ibid.*, pág. 84. (N. del T.).

4.- *Ibid.*, pág. 77. (N. del T.).

5.- *Ibid.*, pág. 76. (N. del T.).

Esta situación no es una monstruosidad ajena al sistema, no es más que el producto del capitalismo, de su desarrollo y de su fase última, el imperialismo. Esas “multinacionales” no son un pulpo misterioso que extiende sus tentáculos alrededor del planeta, son monopolios. Y la oligarquía financiera, mediante su control de los monopolios, es quien dirige no sólo la economía mundial sino también la política mundial e impone sus leyes a los Estados. Según las propias cifras de la ONU, 300.000 personas en todo el mundo poseen el equivalente de los recursos de 2.300 millones de seres humanos. En el marco de las relaciones de fuerzas mundiales, esas “multinacionales” están dominadas por el capital más poderoso, es decir, casi siempre por el capital norteamericano.

Basta con observar estos últimos veinte años, cómo, a medida que se han ido aplicando las exigencias y directivas de la Unión Europea contra el “proteccionismo” y el “nacionalismo”, se ha producido la avalancha de capitales norteamericanos en Europa y en el mundo.

Ya en 1924, León Trotsky decía:

“El capital norteamericano no quiere hacer de Europa un competidor. No puede admitir que Inglaterra, y con más razón, Alemania y Francia, recuperen sus mercados mundiales, porque él mismo está restringido, porque exporta sus productos y se exporta a sí mismo. Apunta a la dominación del mundo, quiere instaurar la supremacía de Norteamérica en nuestro planeta. ¿Qué debe hacer respecto de Europa? Se dice que debe pacificarla. ¿Cómo? Bajo su hegemonía. Esto significa que debe permitir que Europa se levante, pero con límites bien determinados, acordarle sectores determinados, restringidos, del mercado mundial. El capital norteamericano comanda ahora a los diplomáticos. Se prepara para comandar también a los bancos y a los trusts europeos, a toda la burguesía europea. A eso es a lo que apunta. Le asignará a los financistas y a los industriales europeos sectores determinados del mercado. Regulará su actividad. En una palabra, quiere reducir a Europa capitalista a la porción congrua, dicho de otro modo, indicarle cuántas toneladas, litros o kilogramos de tal o cual cosa tiene derecho a comprar y vender”¹.

¿Un capitalismo financiarizado?

Uno de los nuevos argumentos de los nuevos alter y anti consiste en explicar la situación actual por la deriva financiera y especulativa de determinados capitalistas (los “patronos sin escrúpulos”). Ya hemos señalado que el imperialismo se caracteriza por la constitución de un capital financiero y por la exportación de capitales. Pero llega un momento en que la saturación conduce al imperialismo a buscar o crear nuevos mercados, que son artificiales: es el reino de la especulación. El imperialismo, confrontado por una parte a la desvalorización del capital y, por otra, a la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia, persigue valorizar el capital (de D a D’) de manera artificial, es decir, sin pasar por los términos del cambio D–M–D’. (...)

(Daniel Gluckstein, *Lucha de clases y mundialización*, II parte, capítulo 6)².

En 2009 se declara una vez más la crisis que comienza en el terreno de las finanzas especulativas para manifestarse después como crisis general del sistema capitalista, particularmente en la destrucción del trabajo asalariado.

El capital, cuyo fin principal consiste en la extorsión de la plusvalía (condición del proceso D–M–D’), no puede emanciparse de la producción capitalista; puede intentar abrirse mercados artificiales (especulación), pero no puede modificar lo que es el meollo del capital, definido por Marx en la ley del valor. Las finanzas no pueden separarse de la producción, el capital financiero es uno.

En su intento de emanciparse de la producción, enfrentada a la dificultad de acrecentar la producción de plusvalía, la especulación –que pese a todo sigue ligada a la producción– tropieza con las leyes fundamentales del capital, con la valorización del capital en la producción. La consecuencia actual sobre el conjunto de la economía mundial de lo que podría aparecer como una crisis de los créditos o una crisis especulativa lo demuestra: el límite del capital es el capital mismo.

1.- “Perspectivas del desarrollo mundial” [discurso de Trotsky pronunciado el 28 de julio de 1924 en Moscú], en León Trotsky, *El capitalismo y su crisis* (compilación), Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, 2008, páginas 131 y 132. (N. del T.).

2.- Daniel Gluckstein, *Lucha de clases y mundialización*, Madrid, Partido Obrero Socialista Internacionalista, 2001. (N. del T.).

En el documento preparatorio de su VII Congreso Mundial, la IV Internacional establece que la crisis actual hunde sus raíces en la crisis del sistema capitalista y señala que esta fase de la crisis se inició por la decisión del imperialismo norteamericano, en 1971, de acabar con la convertibilidad del dólar en oro; eso expresaba la crisis mundial y el hecho de que, para sobrevivir, el imperialismo norteamericano quería dictar su ley al planeta¹.

A este respecto, puede leerse el artículo dedicado a esta cuestión en *La Verdad* n.º 60–61, número especial dedicado a Pierre Lambert. En dicho artículo se encontrará la declaración del buró político de la OCI (sección francesa de la IV Internacional) sobre este asunto. Citemos el comienzo de esta declaración, que responde aun hoy a aquéllos que pretenden hacer creer que es posible acabar con la especulación sin acabar con el capitalismo:

“Bastó un discurso, el discurso pronunciado por el representante de Wall Street con sede en la Casa Blanca, para echar abajo la montaña de mentiras edificada para demostrar que el capitalismo, auto-reformándose, había encontrado una pretendida capacidad de superar sus contradicciones internas, agravadas en la fase del ‘imperialismo, fase superior del capitalismo’ (Lenin), fase del capitalismo podrido, moribundo. En un discurso pronunciado el 15 de agosto, Nixon debe desmentir sin piedad a los teóricos del neocapitalismo, del capitalismo monopolista de estado, a todos los que, para embellecer, consciente o inconscientemente –poco importa– el sistema de la propiedad privada de los medios de producción, rivalizaban en alabar la eficacia de las ‘medidas anticíclicas’ tomadas por los magnates del capital financiero, que supuestamente habían logrado una ‘superación progresiva’ del capitalismo, permitiéndole desarrollar las fuerzas productivas en un largo ‘período de prosperidad’.

Hoy todas estas ‘teorías’ se han caído por el suelo hechas añicos, estrelladas por las medidas tomadas por el imperialismo norteamericano”².

La paz en el mundo y la dinámica belicista de los “neoconservadores” norteamericanos

Esos mismos alter y anti echan la culpa a sectores político-militares conservadores norteamericanos de la progresión de las guerras que azotan el planeta.

A tenor de los grandes cambios mundiales de finales del decenio de 1980 y de la desaparición de la burocracia del Kremlin, se derrumbaba el orden establecido en Yalta; el imperialismo norteamericano debía hacerse cargo del orden mundial en crisis –integrando esta crisis mundial en su propia crisis– y hacer frente a la amenaza revolucionaria. En esta trayectoria, multiplicó los conflictos.

Lenin explica, en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, que el fin del reparto del mundo en el siglo XIX, trajo consigo una nueva competición entre las potencias imperialistas por un nuevo reparto. La Primera y la Segunda Guerra Mundial son expresión de ello.

Las condiciones de la preservación del orden mundial bajo la égida de los Estados Unidos no permiten la reedición de conflictos directos interimperialistas bajo esa misma forma; sin embargo, la guerra, inherente al imperialismo, no está erradicada, sino todo lo contrario. A golpe de conflictos regionales que se internacionalizan, de conflictos “interétnicos” (*sic*) que se mundializan, de guerras contra el “terrorismo” que conducen a la lucha mundial contra el “terrorismo islamista”, sin hablar de una serie de “pequeñas” guerras (Georgia, por ejemplo), lo que en realidad hay es una guerra permanente a escala mundial. Guerra en la que, a través de las masacres, el imperialismo norteamericano intenta desalojar a sus competidores y “aliados” imperialistas y aplastar la resistencia de los pueblos.

La guerra es la destrucción masiva de fuerzas productivas (de las que la principal es el hombre) y la producción de fuerzas destructivas. La economía de armamento es un factor esencial de arrastre de la producción capitalista en la época imperialista. La reconstrucción de la posguerra, que a algunos (como por ejemplo a la corriente pablista) les hizo creer que se abría un nuevo ciclo de desarrollo capitalista, en realidad sólo está ligada a la afirmación de la hegemonía norteamer-

1.- “Lo que está en juego en el VII Congreso Mundial de la IV Internacional”, *La Verdad* n.º 63, pág. 7. (N. del T.).

2.- “Declaración del Buró Político de la Organización Comunista Internacionalista (por la reconstrucción de la IV Internacional)”, *La Verdad* n.º 60–61, 2008, pág. 10. (N. del T.).

ricana respecto de los imperialismos europeos, a los que los Estados Unidos intentan excluir de su posición mundial; aún hoy pueden calibrarse los efectos y las consecuencias de ello.

La guerra de Corea, la de Vietnam, la carrera armamentista y la presión sobre la URSS, la guerra del Golfo y las demás, son la justificación de un desarrollo fantástico de la economía de armamento, motor de arrastre de la economía norteamericana.

Hasta 1939, Estados Unidos gastaba un poco menos del 1% de su renta nacional en su política de armamento; a comienzos de los años 1970, casi un 20%, y más de un 25% hoy.

El desarrollo de la industria de armamento no es el producto de una “opción” militarista, de una política agresiva; emana de la crisis del capital. No es más que la lógica del capital basado en la búsqueda del beneficio que, en su fase agónica, hace que la industria de armamento de convierta en un motor de arrastre decisivo de la producción capitalista.

En 1999, el presupuesto militar norteamericano ascendía a 150.000 millones de dólares, casi 300.000 en 2005, 500.000 en 2007 y 600.000 en 2008. Los gastos militares norteamericanos en 1999 (es decir, antes de la segunda guerra del Golfo) representaban el 36% de los gastos mundiales. El presupuesto norteamericano para armamento, en la misma fecha, equivale a los gastos militares de Alemania, Francia, Gran Bretaña, Japón y Rusia juntos.

En doce años, la deuda pública norteamericana ha aumentado un 450%. En 1980 era de 3.600 dólares por habitante. Después de la segunda guerra del Golfo, en 1992, ¡ascendía a 16.000 dólares! Ante la enormidad de la deuda pública, que ha servido para financiar la industria privada, la administración norteamericana tiene que proceder, por una parte, a realizar recortes drásticos en todos los presupuestos sociales (sanidad, educación...), haciendo pagar a los trabajadores norteamericanos la factura de los enormes beneficios realizados por los grandes trusts del sector del armamento; por otra parte, tiene que trasladar mediante diversos mecanismos (debilidad del dólar, tipos de interés, etc.) esta deuda pública a otros en todo el mundo, especialmente a sus “aliados” europeos.

¿Está caduco el capitalismo? ¿Sí o no?

Se nos objeta –aunque con más dificultad desde la crisis de 2008-2009– que la IV Internacional tiene una visión catastrofista y arcaica. Que el capitalismo del siglo XXI no es ni el de Marx ni el de Lenin. Pensamos que ya hemos respondido a esta cuestión: **mientras el capitalismo siga siendo capitalismo...**

“Un siglo después la situación de los trabajadores no es la misma”, nos dicen a veces. Es cierto. Igual que la situación de los trabajadores en 1909 no era la misma que en 1809. La situación de los trabajadores chinos de las “zonas especiales” no es la misma que la de un trabajador norteamericano del automóvil que acaba de ser despedido...

¿Quién es responsable de la mejora de las condiciones de vida de una parte de los trabajadores a escala mundial? ¿El “capitalismo bueno”, cuyas bondades arruinaría el “capitalismo malo”? ¿O bien la lucha de clase proletaria que, en el período del capitalismo ascendente (cuando éste desarrollaba aún las fuerzas productivas, con la consiguiente mejora de la “riqueza social”), arrancó importantes conquistas, empezando por el derecho a la organización sindical, fuente de nuevas conquistas materiales? *“La lucha de clases no tolera interrupciones”*, dice el programa de la IV Internacional, y ha hecho posible, en la fase imperialista, lograr pese a todo otras conquistas.

Frente a frente, la reacción imperialista y la lucha de clase del proletariado y de los pueblos.

Desde 1945, la inestabilidad de las relaciones políticas mundiales, la ola revolucionaria en Europa, las movilizaciones antiimperialistas en las colonias, la expropiación del capital en China, la lucha de clases en todos los países han sido los únicos factores de conquista de derechos para los trabajadores y los pueblos. El imperialismo es la reacción y la barbarie. La lucha de clase es la posibilidad de un futuro para la humanidad.

O bien se considera que el capital está caduco y que, mediante su lucha en el camino para derrocar este régimen quebrado, la clase obrera ha podido arrancar importantes conquistas (como la Seguridad Social en 1945), aunque el capital intente siempre recuperar lo cedido (la larga tentativa de contrarreformas de la Seguridad Social desde los años 1960).

O bien se considera que el capital no está caduco y en esas condiciones debe decirse que la lucha de clases no tiene por objetivo su derrocamiento, sino sólo su mejora.

Es sabido que la LCR¹ –que se dice “anticapitalista”– explica que las fuerzas productivas siguen desarrollándose; no es un debate abstracto.

El principal teórico de la corriente pablista, Ernest Mandel, escribía sobre la Seguridad Social de 1945:

“las experiencias más importantes de Seguridad Social (...) fueron financiadas mucho más por una imposición sobre los mismos trabajadores (...) que por la imposición sobre la burguesía. (...) Hay todavía otro aspecto de la importancia creciente del “salario diferido”, de los seguros sociales, en la renta nacional de los países capitalistas industrializados, y es precisamente su carácter anticíclico. Aquí encontramos otra razón de que el Estado burgués, el neocapitalismo, tenga interés en amplificar el volumen de este “salario diferido”. Y es que actúa a modo de muelle que impide una caída demasiado brusca y demasiado fuerte de la renta nacional en caso de crisis” [subrayado por nosotros] (*Iniciación a la teoría económica marxista*)².

Para Mandel, no hubo ola revolucionaria en 1945 que amenazara al régimen capitalista y le obligara a reconocer esta inmensa conquista obrera –contradictoria con las leyes del capitalismo, ya que se basa en el salario diferido (y no en un tributo a los trabajadores!)–, es decir, un progreso en la resistencia a la detracción de plusvalía, una mejora considerable de las condiciones de la reproducción de la fuerza de trabajo contra las exigencias del capital y un progreso en materia de salud y de humanidad.

Al no partir de la lucha de clases sino del carácter insuperable del capitalismo, Mandel no ve en la Seguridad Social de 1945 más que la aplicación, por un capitalismo que se autorreforma, ¡de mecanismos para amortiguar las crisis!

Es fácil ver que tras el debate teórico sobre el imperialismo, sobre las fuerzas productivas, está en juego algo práctico, en este caso la defensa de la Seguridad Social. Ya que (ironías), algún tiempo después de esta sagaz elaboración, la burguesía francesa tomaba las primeras medidas contra la Seguridad Social y, después de cuarenta años, esta cuestión está en juego en la lucha de clases.

Bajo el efecto de la crisis generalizada del sistema capitalista, en Francia como a escala mundial, el imperialismo intenta poner en tela de juicio todo lo que se ha conquistado en anteriores decenios.

La ofensiva para destruir la Seguridad Social, el levantamiento de la prohibición del trabajo nocturno de las mujeres, la prolongación a 40-42 anualidades del plazo de cotización para la jubilación, las deslocalizaciones de empresas, la ley sobre las 35 horas –que cuestiona la jornada laboral en horas/día y semana a favor de la anualización del tiempo de trabajo y de la flexibilidad (es decir, que aumenta la tasa de explotación)–, todas estas medidas tienen un solo objetivo: contrarrestar la ley de la caída tendencial de la tasa media de ganancia, la ley que se expresa con fuerza en una época de crisis del sistema, en la que la carrera por el beneficio se hace más áspera.

La destrucción de ramas enteras de la economía en la antigua URSS y en el este de Europa (cuya producción industrial ha caído en un 60% respecto de su nivel de los años de la década de 1970); el desarrollo del trabajo infantil en Asia; las “zonas económicas especiales”; la privatización-destrucción de empresas en todos los continentes; el cuestionamiento de los códigos laborales..., participan del mismo objetivo.

La privatización de los servicios públicos, de las empresas públicas, el fin de los monopolios (correrías, gas, ferrocarriles) pretenden abrir al capital nuevas esferas para valorizarse.

Los ataques contra la escuela, contra los diplomas nacionales se inscriben en esta ofensiva de búsqueda de valorización del capital, conllevando el aumento de la tasa de explotación la descualificación de la juventud, condenada a un futuro de precariedad. Claramente se trata del valor de la fuerza de trabajo y de su abaratamiento (el famoso “coste del trabajo”).

Si observamos este panorama general, si analizamos estos procesos históricos desde el advenimiento del capitalismo, ¿podemos seriamente considerar que las fuerzas productivas siguen desarrollándose y que, en consecuencia, el combate por el socialismo no está a la orden del día?

El actual callejón sin salida confirma y agranda todas las tendencias reaccionarias del capitalismo en su fase imperialista.

1.- Liga Comunista Revolucionaria (LCR), organización del Secretariado Unificado en Francia hasta 2009, año en que se disolvió en el Nuevo Partido Anticapitalista (NPA). (N. del T.).

2.- *Iniciación a la teoría económica marxista*, (en PDF), Ernest Mandel – Archivo Internet, páginas 36 y 37. (N. del T.).

En una asamblea de militantes del partido en Moscú, donde está informando sobre los trabajos del III Congreso de la Internacional Comunista en julio de 1921, Trotsky explica:

“Si pudiese concebirse que, en el marco de la sociedad burguesa, fuese posible un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas, entonces, de un modo general, la revolución sería imposible.

Puesto que no es concebible un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas en el marco de la sociedad burguesa, las premisas fundamentales de la revolución están dadas. Sin embargo, la revolución en sí misma y en su propio movimiento implica una viva lucha de clases.¹”

Si se piensa, como establece el marxismo, que está abierta una situación de revolución social”, se puede constatar que la lucha y la resistencia de los trabajadores y de los pueblos en todos los continentes contra el capital, demuestran que la lucha de clase sigue siendo el motor de la historia, que toma la forma de una “viva lucha de clase”; que, en ese marco, la intervención de los revolucionarios organizados debe ayudar a que desemboque en el derrocamiento del orden social establecido y en la conquista del poder por el proletariado, resolviendo así positivamente la alternativa planteada a la humanidad: “Socialismo o barbarie”.

Tal es, para los revolucionarios, el fundamento de la perspectiva histórica, del sentido de la historia, el sentido del combate que permanece actual de la IV Internacional.

Bibliografía sumaria

- Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*
- Karl Marx, *El capital*, libro I
- Karl Marx, *Salario, precio y ganancia*
- Friedrich Engels, *Anti-Dübring*
- Karl Marx, Prólogo de la *Contribución a la crítica de la economía política*
- *La Verdad* n.º 60–61, número especial dedicado a Pierre Lambert
- Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana*
- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*
- León Trotsky, *Perspectivas del desarrollo mundial* (1924)

Obras y revistas consultadas para la versión española (La mayoría se pueden leer en la Internet)

- *La Verdad* n.º 34, 2003
- *La Verdad* n.º 60–61, 2008
- *La Verdad* n.º 63, 2008
- K. Marx, *El capital. Crítica de la economía política. Antología*, traducción de Manuel Sacristán, Madrid, Alianza Editorial, 2010
- Karl Marx, *El capital*, 8 vol., edición de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1975–1981
- Karl Marx, *El capital, libro I, capítulo VI inédito, Resultados del proceso inmediato de producción*, traducción de Pedro Scaron, México, Siglo XXI editores, 1971
- K. Marx y F. Engels, *Obras escogidas* en tres tomos, Moscú, Editorial Progreso, 1974
- Friedrich Engels, *Anti-Dübring*, versión española de Manuel Sacristán, México, Editorial Grijalbo, 1964
- Karl Marx, *Contribución a la crítica de la economía política*, edición de Jorge Tula, México, Siglo XXI editores, 1980
- Karl Marx, “Teorías sobre la plusvalía”, en *Obras fundamentales de Marx y Engels*, volúmenes 12, 13 y 14, traducción de Wenceslao Roces, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.
- Karl Marx, *Líneas fundamentales de la crítica de la Economía Política [Grundrisse]*, traducción de Javier Pérez Royo, Barcelona, Editorial Crítica, 1978
- Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, Pekín, Ediciones en Lenguas Extran-

1.- Léon Trotsky, *Une école de Stratégie révolutionnaire*. Publicado en francés en un folleto bajo el título *Nouvelle Étape*. (N. del T.).

- jas, 1966
- León Trotsky, *Naturaleza y dinámica del capitalismo y la economía de transición* (compilación), Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, 1999 en León Trotsky, *El capitalismo y su crisis* (compilación), Buenos Aires, Centro de Estudios, Investigaciones y Publicaciones “León Trotsky”, 2008
 - León Trotsky, *El pensamiento vivo de Karl Marx*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1962
 - León Trotsky, *La revolución permanente*, traducción directa del ruso de Andrés Nin, París, Ruedo Ibérico, 1972
 - León Trotsky, *Sobre Europa y Estados Unidos*, Buenos Aires, Ediciones Pluma, 1975
 - L. Trotsky, « Une école de Stratégie révolutionnaire », en *La Nouvelle Étape*.
 - Daniel Gluckstein, *Lucha de clases y mundialización*, Madrid, Partido Obrero Socialista Internacionalista, 2001
 - Ernest Mandel, *Iniciación a la teoría económica marxista*, (en PDF), Ernest Mandel – Archivo Internet
 - Ernest Mandel, *El capitalismo tardío*, México, Ediciones Era, 1979.

Partido Obrero Socialista Internacionalista (POSI)
(sección española de la IV Internacional)

inforposi@gmail.com

<http://www.posicuarta.org>

Teléfono: 915222356 - Fax: 915217201

